

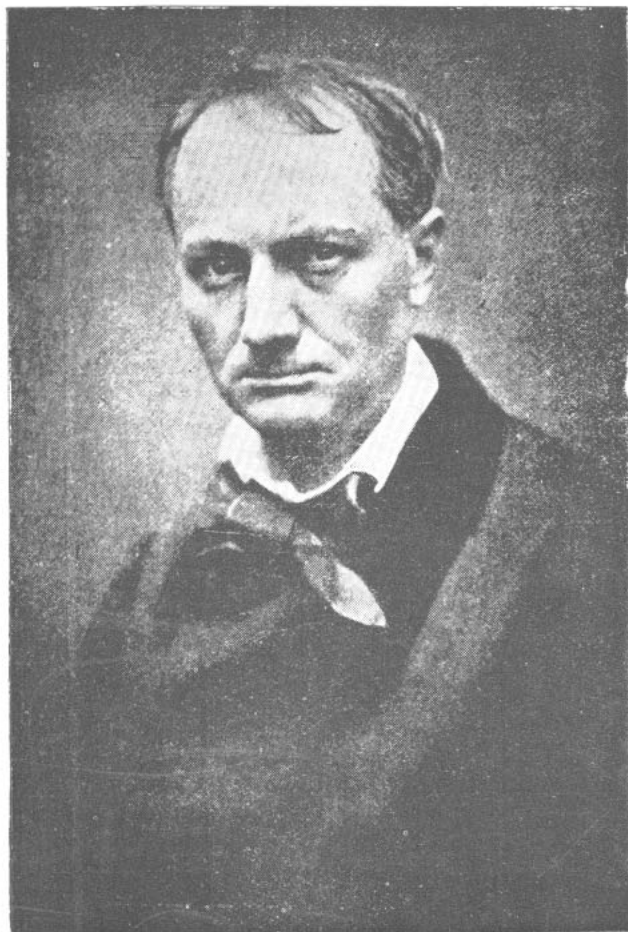
MUSA JOVEN

REVISTA MENSUAL

Año I

Agosto de 1912

Núm. 4



CARLOS BAUDELAIRE

\$ 1.00

DIRECTOR: **Vicente García H. Fernández**

Primeros Redactores

Jorge Hübner B.
Mariano Latorre
SECRETARIO: **Juan Guzmán C.**

✻ A LOS COLABORADORES ✻

Rogamos a nuestros colaboradores nos envíen cuanto antes escogidas composiciones para el número especial en homenaje al gran poeta Rubén Darío.

✻ FRANCISCO CONTRERAS ✻

Hay un poeta de Chile que vive en París desde hace algunos años. Es joven. Ha publicado ya varios libros y goza de renombre en el mundo intelectual hispanoparlante. Se llama Francisco Contreras. Su primera obra aparecida en Europa, *Toisón*, es una colección de sonetos. De él dijo el incomparable Max Nordau: «Es realmente un toisón de oro suntuoso, fabuloso, digno objeto de la heroica aventura de Jason, fin «feérico» de la navegación del Argos».

«Casi todas las piezas están saturadas del éter poético, tienen un aspecto deliciosamente patricio, son superiormente vistas, sentidas, dichas». A pesar del dañoso elogio del doctor, que ha escrito lo que ya se sabe sobre todo lo que brilla y vale en el arte contemporáneo, ese primer libro de Contreras tiene poesías de mérito, sobre todo porque de los primeros ha procurado apartarse del nuevo «poncif» castellano que ha echado á perder, entre otras cosas, el alejandrino y el gusto por lo «compuesto». Aún cuando se notan los orígenes ó las supersticiones en la mayor parte de los poemitas, el autor logra que se advierta su propio espíritu, sus modos individuales de pensar y de sentir. He aquí una pequeña labor muy bien trabajada, aunque con el exceso de preparativos que se acostumbrara desde la introducción del simbolismo.

En desmesuradas yemas,
sobre los tallos entecos,
en los parterres ya secos
se esponjan las crisantemas.

Flores raras, son emblemas
del arte de nuevos ecos,
amante de orlas y flecos
y de rarezas supremas.

Exóticas y hieráticas,
como princesas asiáticas,
pues que son raras, son bellas,

Prendidas entre los rasos,
ó abiertas sobre los vasos
como monstruosas estrellas.

Toisón fué publicado en 1906.

Esto nos hace retroceder algunos años, al tiempo de la preocupación por la escritura «artista» y por lo principalmente formal. Aún quedan algunos cultivadores de la manera, tanto en América como en España. El poeta chileno, por su parte, ha procurado, avanzando, renovarse.

Así, publicó, después de *Toisón*, *Romances de hoy*. Hasta puede decirse que el salto fué demasiado brusco, de la poesía trabajada, erudita, un tanto complicada, con escenarios fabulosos, con vocabulario aristocrático, con un sí es no es de dandismo, casi todo de influencia, ó de reminiscencia europea, á la poesía sencilla, sin artificio, quizá á veces algo prosaica, ó bastante ingenua en su sinceridad, pero que mereciera estas palabras de un juez insospechable, el gran Mistral. «Siento en sus versos, decía á Contreras el padre de «Mireia», la amplia y libre vida de la América española. «¿Cómo no iban á ser del gusto de Mistral versos como éstos?»

Sobre el suelo, en la hora sin tules,
 las sombras se cortaban nítidamente azules.
 En torno del ramaje de higueras y cedrones,
 rodaba un extridente rumor de moscardones.
 Sobre un cerezo un mirlo gorgueaba con desgaire,
 A intervalos, llegaban en la quietud del aire
 gritos roncós, galopes raudos, ladrar de perros...
 Era una trilla próxima, sobre el cordón de cerros.
 Se veía la era, yeguas, los arriadores:
Guasos, mozos montados, con ponchos de colores.

Paróse. Dió unos cuantos pasos. Desperezóse,
 enarcando los brazos con inocente goce.
 La cabellera suelta, obscura, perfumada,
 cubrió entonces sus hombros en sedosa cascada.
 Hundió los ojos húmedos en la azul lejanía.
 Luego, inconscientemente, despreocupada, fría,
 trasponiendo la reja de madera del huerto,
 echó á andar paso á paso hacia el gran campo abierto
 por la vieja alameda que servía de entrada,
 sin mirar, sin pensar, sin recordar ya nada.

El autor didactiza en su prólogo, y habla de un «período narrativo». No oigamos sus explicaciones; gustemos de sus músicas gratas. Y los que no hayais vivido en el país chileno, podéis saber, por las notas del volumen, muchos detalles locales. Y hallaréis, por ejemplo, esta noticia inquietante: «Existe en Chile la preocupación de atribuir á los poetas los calificativos de loco, perdido, vagabundo. De manera, que lo que en toda sociedad culta es un señalado honor, en la nuestra se trueca en motivo de escarnio, ó sello de ridículo. Un distinguido poeta nacional nos contaba en cierta ocasión, habiendo sido presentado á una dama con las palabras de: el poeta señor Tal, se vió obligado á protestar asegurando que era objeto de una mala broma.

¡Pardiez! Buenos Aires será todo lo prosaico, lo comercial, lo financiero, lo práctico que se quiera; pero no podré olvidar que en mi último viaje á la gran ciudad argentina, entre las manifestaciones de gentileza que recibí de personas de diferentes clases sociales, está la de una alta dama, gala de los salones que, sin tener yo la honra de conocerla, envió á mis órdenes su regio automóvil, durante todo el tiempo de mi permanencia. Y todo á simple título de poeta.

Y sin embargo, con su reserva, menos ejecutiva que la disposición platónica, Chile demuestra cordura. Los poetas son seres que perturban el común pensar de las gentes, los modos de hablar y hasta las costumbres. Así, si Chile ha levantado un monumento á don Andrés Bello, es porque ese poeta venezolano llevaba en una mano un código y en otra una gramática. Verdad, es que en el cerro de Santa Lucía de Santiago, hay otro monumento dedicado á don Benjamín Mackenna, que aunque no escribió sino en prosa, era un varón de confianza con todas las nueve musas. Y, con todo, ahí están los versos del romántico y melodioso Eusebio Lillo, del huguizante Matta, del vario y noble de la Barra, del sonoro Préndez, del horaciano Tondreau, del humorístico Irrazabal. Y ahí está lo hecho por la nueva generación que se enorgullece con la producción del malogrado González y de líricos como Bórquez Solar, Magallanes Moure, Valledor Sánchez y Miguel Roquant. Entre ellos se destaca Contreras, sobre quien puedo ahora repetir lo que dijera hace algunos años: «Creo que en nuestra América hay pocos que tengan un tan sincero y hondo fervor de arte. Luego, en medio de ese fervor, es ponderado y reflexivo. No violenta ni la idea ni el lenguaje. Mucho me complace que no se haya dejado arrastrar por las peligrosas tentaciones del versolibrismo. Hay en él duplicidad: es un intelectual-sentimental que conduce bien sus designios entre los naturales desequilibrios del talento.» Cuando apareció *Toisón*, escribióle el ilustre J. Enrique Rodo: «Muy grata ha sido para mí su lectura. Son versos de juventud y sinceridad: sinceridad aun en sus artificios. Reflejan bien el voluble y gracioso vuelo de un espíritu juvenil entre las cosas, ó mejor entre sus figuraciones de las cosas». Y luego: «Crea usted que sigo con afectuoso interés su actividad literaria. Su sentimiento del arte, el amor que usted le profesa, son verdaderos y hondos; bien se transparenta. No son la frívola vanidad de quien penetra sin real vocación en los dominios del arte, y no dejará, de sus pasos, más huella que la que puede quedar en las baldosas del templo, de los del visitante profano, que entró por un momento, movido de curiosidad y nó de fervor. Usted perseverará, completará su personalidad artística; y seguro estoy de que cuantas veces, interesado en saber nuevamente de usted, lo busque con la mirada, he de encontrarlo más arriba, de donde le haya dejado la última vez». Rodó fué profeta. Las nuevas obras de Contreras señalan siempre mayor elevación. Su permanencia en París le ha impregnado de la gracia artística y de la cultura ambiente. Y el vivir le va enseñando cosas mayores.

Sólo que, como todos los que no gozamos de rentas producidas por grandes capitales y tenemos que sacar del cerebro para nuestros lujos, caprichos, vicios ó simples y precisos elementos de existencia, se ha dedicado al periodismo. Así sus libros de prosa son sus artículos de periodista. Y si el periodismo constituye una gimnasia de estilo, y el pensador y el artista lo son siempre, no todo lo que para el diario se escribe, por razones que no necesitan demostración, es digno de la antología. Lo que es estrictamente de la actualidad tiene que pasar como el instante. Sin embargo, siempre pone algo de su corazón ó de su mente el artista que escribe. Y ese algo suele verse á través de las informaciones de esos libros de prosa urgida. Sin contar con que, de cuando en cuando, surgen páginas íntegramente puras. En las líneas preliminares de *Los modernos*, pongo por caso, he encontrado incrustada una de las poesías de Francisco Contreras que son más de mi agrado.

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*

Bajo el puente oscilante del raudo transatlántico,
el mar alza en la sombra como un solemne cántico,
la luna que se eleva tras lívido celaje.



Tiende un cendal de perlas al trémulo oleaje,
y la sirena alada de la brisa marina,
pone en mi oído una canción triste y divina.

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente*

A mi espalda el miraje de la nativa tierra.
Con su fértil campiña y su nevada sierra:
la ciudad en un nido de bosques frescos, grandes,
bajo el dosel de plata de los mágicos Andes;
el hogar entre rosas de la heredad florida;
y la madre dejada, y la amada perdida...

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*

Ante mí la amenaza del porvenir arcano:
el mar que entre las sombras canta su canto arcano
el horizonte negro, mudo como una esfinge:
la luna que en la niebla un llanto eterno 'tinge.
Y el soplo de la brisa golpeada de destellos,
que estremece las garcías y azora mis cabellos.

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*

¿Será mi afán fecundo? ¿Realizaré mi sueño?
¿Me dará la victoria su laurel halagüeño?
¿Conquistaré, en mi ruta, la áurea forma suprema
para engastar la idea que me obsede y me quema?
¿Conseguiré tras todo, aunque en porción escasa
donar una luz nueva a mi raza?

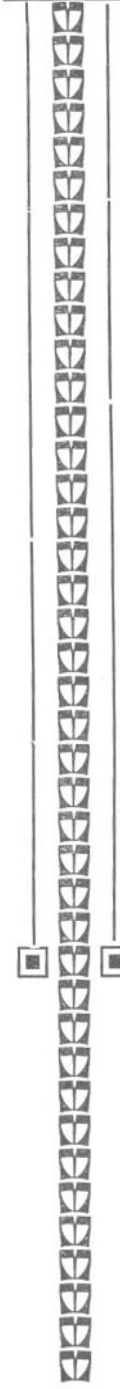
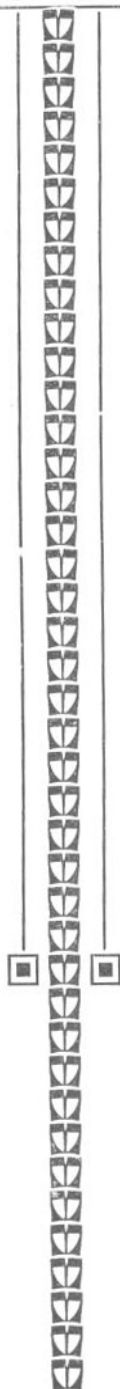
*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*

O, tras esfuerzo vano, tras ensueño deshecho,
sólo hallaré el vacío del querer, satisfecho?
La desilusión trágica, el dolor desmedido,
del amante no amado, del apóstol no oído?
En fin, en una frase, de todo visionario:
El desencanto eterno, y el eterno Calvario?

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*

Heme aquí sobre el puente del raudo transatlántico,
el mar me envía el trueno, de su solemne cántico,
la luna que muequea en la penumbra ingrata,
me envuelve en la tristeza de su llanto de plata.
Y la sirena alada de la brisa marina
pone en mi oído una canción triste y divina.

*Peregrino del arte, voy al soñado Oriente
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.*



Y en este nuevo libro sobre Italia, que se titula *Almas y panoramas*, fuera de cálidas pinceladas de «manchas» justas, de observaciones juiciosas, lo mejor son los sonetos que á modo de musical introducción hace resonar á la entrada de cada capítulo. De las principales ciudades de arte de la divina tierra itálica, elige un alma y una visión; y antes, el soneto sintetiza armónicamente é inicia el tema ideológico: Así habla de la «ciudad de los palacios», ó canta á Roma:

Sólo restos y rastros de la imperial prosapia:
el Foro, el Coliseo y en la antigua Vía Apia
uno que otro sepulcro desmoronado, informe,
y al caer el crepúsculo, tu columna trajana
parece, en el incendio de la atmósfera grana,
la cruz desmesurada de un sarcófago enorme.

Recomiendo á los buenos gustadores estos sonetos fervorosos de amor y de admiración por la gloriosa península. El de Nápoles:

Bacante poseída de embriaguez infinita,
bajo el beso del sol eternamente rubio,
del agua eternamente azul al suave efluvio,
Nápoles danza, Nápoles ríe, Nápoles grita.

En vano al horizonte como una ara maldita,
siniestra espiral de humo rojo lanza el Vesubio,
el mar sereno y límpido, bajo el áureo diluvio
del sol, en una eterna fiesta de luz agita.

Desde los verdiclaros jardines de la playa
y el pintoresco y loco viejo barrio de Chiaia
con sus rejas floridas que aire azul engríe,

hasta el monte en que aldea su vetusto castillo
y sus cincuenta iglesias llenas de falso brillo,
Nápoles danza, Nápoles grita, Nápoles ríe.

He citado íntegros esos vívidos versos napolitanos, que tienen tanto color y tanta alegría, porque son de los mejores del volumen. El de Bolonia, «ciudad sabia, de estetas y doctores:» el de Venecia, «¡Oh, ciudad de las islas y los fúnebres barcos!» el de Milán,

Erótico y ascético como Manzoni, ó como
Luini, Milán es un señor grave y de gala,
la oreja siempre atenta al eco de la Scala,
el ojo siempre atónito ante el mármol del Duomo;

son excelentes. Y es de sentirse que no encontremos en el libro los que corresponderían á otras urbes, como Pisa, Florencia y Turín. Quizá el poeta los realice más tarde para una obra completamente lírica.

El vaticinio de Rodó se ha de seguir cumpliendo y hemos de ver el completo triunfo de quien desea que en su patria crezcan y se propaguen los laureles verdes, que tanto ó más que á los guerreros, pertenecen por derecho propio á los tadores de lira.




 SUS GUANTES DE SEDA
 

(Para Juan Guzmán C., fraternalmente)

I

Principiaba el baile: la lírica orquesta
 Preludiaba un vals de Mena, el leproso,
 Y alegres parejas con ojos de fiesta
 Cruzaban la sala repletas de gozo.

Oyendo el preludio del vals de Mena
 Hablaba conmigo mi novia de amor;
 Mientras por la sala de placeres plena,
 Un viento de risas mataba el dolor.

Había mujeres de pies diminutos,
 Rubias y morenas de gestos astutos
 De rostros de nácar con risa encendida...

En medio del baile Cupido prendía
 Su broche de ensueños...y la novia mía
 Me seguía hablando de amor y de vida.

II

El rubio espumante champaña en bandejas
 De plata labrada cruzaba el salón.
 Y bocas divinas, sonrientes, bermejas
 Sorbían las copas con loca pasión.


En un claro-oscuro de los corredores
 Un galán besaba el rostro de una
 Gracil morenita de ojos tentadores
 Que á veces tenían fulgores de luna.

En el salón lleno de luces y flores,
 De regias cortinas de vivos colores
 Tras una muchacha corría un galán...

Y mientras las bellas sonriendo bailaban,
 En los violoncelos casi agonizaban
 Las últimas notas de «Amores de Abraham».

III

Termina la fiesta: por la vasta sala,
 Cual blancas palomas que van á volar,
 Las bellas mujeres, vestidas de gala,
 Entre sus abrigos se ven desfilar...



Qué queda del baile? Recuerdos intensos
Para unos; para otros sonrisas de amor;
Y hay quienes llevan, cual humo de inciensos,
Promesas radiantes de besos en flor.

Yo guardo un recuerdo de aquella gran noche
En que Eros galante prendióme su broche
De ensueños. De aquella gran noche me queda:


La dulce mirada de amor de sus ojos,
La leve sonrisa de sus labios rojos...
Y como un epílogo: sus guantes de seda.

Santiago, 1912

GABRY RIVAS.
(Nicaragüense).




❧ ESTOY ENFERMO ❧



Estoy triste pero sonriente
Estoy enfermo,
El sol de otoño
Pone en los vidrios su oro muriente

Sobre la mesa
Un ramito de violetas
Desborda de un vaso chinesco
Sus corolas azules y discretas.

Obsequio tierno
De una mano amiga,
Es para mí como un soplo benéfico
Sobre una fatiga,
Como sobre el cuarto en penumbra,
De este sol de otoño el oro muriente...

Estoy enfermo:
Estoy triste pero sonriente.

FRANCISCO CONTRERAS.




✧ PINCELADAS DEL TRÓPICO ✧

(En tierras de Nicaragua)

I

Huyen en bandada las últimas sombras, amanece, y tras el último desperezamiento voluptuoso salta ruborosa la Aurora del lecho negro de la noche y viste su blanca desnudez con las galas primorosas que le brinda la naciente primavera. Húmedas por el baño cotidiano del rocío están las flores y las hojas del prado, y en la luna veneciana de cada gota cristalina se dibuja la bella miniatura del cielo azul. Luego asoma el sol en el oriente despejado esparciendo por el valle y la colina la cálida ofrenda de sus rayos; y cuando todo es luz y vida, se deja oír el himno armonioso de las aves y el eco sonoro de la agreste montaña: es el canto de la selva y sus alados pobladores á la naturaleza bienhechora que nos trae la brisa matinal del nuevo día.

II

Pasó con la mañana el frescor. Ya es la hora del medio día, la hora perezosa de la siesta. El vaho caluroso que se eleva hasta las nubes, como incienso sagrado que brota del seno fecundo de la morena tierra tropical, parece que fuera heraldo invisible que va hacia los dominios del rubio caminante, que ha llegado al zenit. En la verde enramada del huerto, aspirando el perfume embriagante de las rosas, la resedá y el jazmín, se adormece la doncella gentil bajo la gloria esplendente del sol canicular. De vez en cuando rompe el silencio de la hora la voz cavernosa del leñador que emerge del corazón de la selva entonando alguna vieja canción del país, al compás del sordo y continuado golpe del hacha demoledora. Junto á los verdes y enanos limoneros en flor, se hacen tiernamente el amor dos blancas palomitas revolando en múltiples giros caprichosos, y al impulso blando del viento, se mecen airosas las doradas y esbeltas espigas del maizal. En la savia de los seres y las plantas hay un germinar potente de vida nueva..... ¡Oh las horas sensuales del Trópico!

III

Muere la tarde; descende el sol al fin de la jornada tras los altos montes y el grandioso colorido del crepúsculo, sin igual, se va diluyendo en una descomposición de tintes plomizos bajo el obscuro cortinaje de las sombras que avanzan lentamente. A lo lejos, se apercibe el balido triste del ganado; pasa el ave apresurada en busca del amado nido y de la choza del humilde labriego sale, como fina columbina azul, el humo que despide el fuego del hogar. Los postreros rayos del sol nimbaban de luz la cresta de la extensa montaña azul y al pié de la colina cercana, se advierte aún á trechos el fuego renovador de los potreros. Una violenta ráfaga que sacude los nervios pasa formando remolinos y se lleva las hojas secas y las flores tronchadas, como muertas ilusiones. Suena en la vieja campana de la Ermita del pueblo la blanda y mística armonía del Angelus y los sencillos campesinos del lugar, con las manos juntas sobre el pecho y la cabeza descubierta, rezan piadosamente al Supremo Creador en el sublime templo de la naturaleza, por el día que se hunde en el abismo del tiempo. Y mientras tanto, llega la noche cortejada de misterios.

Verdaderas Bellezas 
 Chilenas



EMILIANA CONCHA VALDÉS

IV

Todo yace envuelto en el manto negro de la noche hasta que alumbra pálidamente la luna al través del encaje de las nubes. Mas tarde, hay en el cielo una como desfloración de sombras y aparece entonces, brillando esplendorosamente, la casta y blanca flor que envía su luz de pureza hacia la tierra. Arriba, sobre la alta sierra, la bóveda inmensa luce el diamantino y trémulo brillar de las estrellas y abajo, cabe los suaves fulgores, todo parece de plata: las hojas temblorosas de la vieja arboleda y el agua tranquila de los lagos. Oyense á lo lejos, confundidos con el rumor del río, el acento de una melancólica despedida y las notas melodiosas de la guitarra en una serenata de amor; y á ratos, en el silencio de la noche, como contrastando la quietud del todo, vaga pavoroso el aullido lento de los perros. En la mente del poeta y del pensador hay un germinar potente de ensueño y de visión creadora... ¡Oh las horas predilectas de las almas escogidas! ¡Oh las horas serenas del Trópico!

Santiago, Agosto 1912.

A. A. ARCE

(Nicaragüense)



EL LIBRO FIEL

ENDECHA

Callada noche de amor
En euita de almas propensas
Que une las manos intensas
Con un remoto temblor.

Soledad de la ventura
Donde el aire rumoroso
Sensibiliza un reposo
De jardín y de agua obscura;

Hasta parecer que al fin,
Nuestra emoción taciturna,
Se dilata en la nocturna
Palpitación del jardín.

Como en una onda de tul
Nuestra quimera remonta,
Y la noche nos apronta
Su profundo lecho azul.

Melancólico cantar
Parece que se enajena
Con la anticipada pena
De lo que no ha de durar

Y en la fútil muselina,
Tu brazo delgado y fresco,
A mi dolor gigantesco
Más íntimo se avecina.

Mi inquietud palpa en tu anillo
No sé qué vaga certeza
Para tu delicadeza
De amoroso huevecillo.

Y en las estrellas perdida,
Adivino que persiste
Tu mirada obscura y triste
Porque contiene mi vida.

Así en tu ensueño estelar
Como en un luto hondo y bello,
Pone un romántico sello
La nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
De tus ojos está expreso



Tan fielmente, que por eso
Se vuelve melancolía;

Pues si el beso da un encanto
Genuino á los labios rojos.
Es condición de los ojos
La fidelidad del llanto.

A mí te acoges mimosa,
Con la ternura infinita
De ser sólo una cosita
Pequeñita y deliciosa.

Tu seno que dócil late
En tu blusa conveniente,
Calma con gracia inocente
El fervor de mi combate.

Y al amor de un madrigal,
Te llamo, entre dulces bromas,
Suavidad de Cuatro Aromas
Como en un cuento oriental.

Mas ese instante divino
Que vive tu juventud,
Lleva en su misma quietud
La congoja del destino.

Cada murmullo de viento
Me dice en soplo de muerte,
Qué cerca estoy de perderte
Cuando más mía te siento.

Qué graves son las quimeras
Qué breves las alegrías,
Oh Suave que morirías.
Oh mi Triste si supieras...



Con temeroso recelo,
En cada vuelo lejano
Creo advertir una mano
Que te llama desde el cielo.

Si en la noche desolada
Profundo sueño te mece,
Qué lóbrego me parece
Tu cabello en la almohada.

Y mi alma, de amor transida,
Goza más con estar cierta,
Que nunca sabrás despierta,
Lo que te quiero dormida.

Ya sobre el jardín sombrío,
De primavera encantado,
El firmamento ha virado
Como un profundo navío.

En el follaje escondida,
Una estrella grande y clara,
Parece que nos ampara
Lejos del mundo y la vida.

Con análogo esplendor
Que en luz duplica sus huellas,
Tiembra, llorado de estrellas,
El cielo de nuestro amor.

En lo hondo de nuestro ser
La quimera se encapricha
Y es más dulce que la dicha
La tristeza de querer.

LEOPOLDO LUGONES.

—❧— PARA SIEMPRE! —❧—

Era la tarde de un día riguroso; era la hora vibrante en que la luz se extingue y las aguas susurran tristes; eran esos momentos en que el yo divino de las almas filtra sus rayos á través del espíritu y se sienten ansias de un algo que apenas percibimos: la hora de las divinas armonías.

Jorge y Graciela se habían reunido para hablarse por última vez, pues ella quería que se separaran para siempre.

—Graciela!, dijo Jorge, rompiendo el silencio con acento melancólico ¿cómo es posible que me abandones?... tú, que me has enseñado á comprender la vida, después de haber luchado tanto, cuando has visto como he vivido y mi soledad incomparable: ahora, cuando bendecía la suerte, porque te veía á mi lado; cuando

sentía en mi alma vigores desconocidos, fuerzas para afrontar todo en la vida!»... Ella le miró con sus ojos indescritibles y un rasgo de honda tristeza pasó por ellos.—«¡No me respondes,—continuó Jorge,—pero, ¿ignoras acaso que leo en tus ojos? Bien sabes que te he presentado tanto tiempo, que tu espíritu es mío; no puedes engañarme; tú, como yo, sacrificarías todo en la vida por seguirme, me abandonas porque cansada de sufrir, no quieres luchar más, temes... dudas de tus fuerzas... ¿por qué? ¿No es acaso la vida la que yo te presento? Hay algo de malo en que se apoyen las almas, en que tú y yo nos hayamos reunidos después de habernos buscado tanto tiempo? Graciela, nunca es tarde para renacer á la vida, para ser felices; piensa que hemos sufrido tanto, que al recuerdo no le debemos nada; mira que cuando pienso que volverán los días que he pasado, porque así tú lo quieres, desearía aborrecerte...! Oye, Graciela, que la vida te llama...»

—Hablas de aborrecerme, Jorge...! Quizá fuera mejor, eso de reducir la vida á los recuerdos es algo amargo... tan amargo...! Dejó de hablar y rodó una lágrima por sus mejillas pálidas...

—Graciela, continuó Jorge, ¿eres tú la que hablas, después de haberme dicho tantas veces: déjalo todo, olvida del mundo las quimeras y de la vida toma siempre lo mejor? dónde estan tus vehemencias y tus anhelos de expansión y de felicidad...?»

—No me conoces, Jorge...? Quiero que te separes de mí, porque, al entregarte mi alma quisiera que la tuvieras toda entera y eso no se puede...; no sería yo entonces la mujer que tú has amado tanto. No es esa la felicidad, Jorge: vivir para el corazón, oscureciendo al espíritu, para no saber lo que hay en él... ¡Adiós! déjame, y no vuelvas á verme! así permanecerá mi alma siempre abierta y cuando mire allí dentro, seré la misma que te mostré tantas veces...

Se separaron, para no volver á verse nunca más en la vida...

SARA RENHÜB

EL LIBRO VIEJO

Dedicado á Jorge Silva S.

Al mirar ese libro, tan viejo y amarillo,
 Pienso que alguna virgen hermosa lo leyó
 En el salón lujoso del vetusto castillo
 Que el tiempo con sus años fatídico arruinó.
 Y veo aquellos ojos, de dulcísimo brillo,
 Llorando en su lectura, tan tristes como yo,
 Está la castellana, pensando en el caudillo
 Que aparece en el libro y es: un país reinó.
 Y evoco alguna rubia mujer que en la mirada
 Tenía mucho duelo, romántica, ideal,
 Que moría de tedio, del bullicio apartada,
 Sin hallar lenitivo para su fiero mal...
 Yo te amo, viejo libro, en página borrada,
 Se ven huellas de lágrimas de la virgen feudal.

ÁNGEL C. CRUCHAGA S. M.

AUGUSTO STRINDBERG

Ha muerto este grande escritor sueco y aquí nadie ha hablado de él. Augusto Strindberg fué insigne autor dramático y un pensador sincero y profundo.

Admiramos en sus obras teatrales las audaces sorpresas de psicología que nos presenta y estudia.

Era el rival de Ibsen; y no falta quien sostenga la superioridad de Strindberg en el dominio de la escena.

Sus dramas principales son: Padre, Los Acreedores, Simún y la Señorita Julia.

Padre, es un drama en el cual trata de probar los descalabros que sufre un hogar á causa de una mujer de indómita voluntad que domina completamente á su débil esposo por medio del ardid y la más vil astucia. En este drama nos presenta un duelo desastroso entre marido y mujer, desarrollado en el seno de una familia. En él sostiene como real é indestructible una hipótesis falsa: «Ningún hombre puede asegurar que es padre de los que cree sus hijos». Al terminar esta lucha horrenda, Alberto el esposo ultrajado exclama: «El hombre no deja hijos; sólo las mujeres los tienen y por esto el porvenir es suyo».

El gran Zola ha dicho de este drama que «la idea filosófica es muy atrevida y los personajes están trazados con enérgica audacia. De las dudas acerca de la paternidad ha sabido sacar Strindberg efectos potentísimos, inquietantes. Su Laura es verdaderamente el prototipo de la mujer, con su orgullo, su inconciencia, y el misterio de sus cualidades y el de sus defectos. Es un tipo que no podré olvidar en mucho tiempo».

Esta afirmación de Zola también es relativa y diremos con Pero Grullo que tantas mujeres hay como las pinta Zola que como las describe el español Catalina.

En la Señorita Julia, trata de probar Strindberg que nunca se borra del alma de la mujer el recuerdo de aquel que la poseyó por primera vez. El poder fisiológico vence el sentimentalismo de la pasión psicológica.

Simún, es un drama horrendo, extrañamente conciso y de una rapidez admirable.

Strindberg ha sido acusado como enemigo de la mujer. A esta acusación respondió diciendo: «los que me llaman *el enemigo del sexo débil*, no son sino puros mentecatos».

Este error de sus acusadores ha sido motivado por tomar como absoluta una afirmación que no lo es. Strindberg venera á la mujer como *compañera del hombre*, la ataca como *rival del hombre*.

Escribió también una novela: «El salón rojo». Estudió medicina, su padre era médico distinguido. Estudió profundamente la Química y escribió sobre ella un libro lleno de talento y de originalidad.

Estudió muy especialmente la filosofía y así como Santo Tomás, al cabo de sus estudios exclamó: «sólo sé que nada sé». Strindberg llegó á la conclusión de que: «Nada es bello, nada es bueno, nada es moral. El Universo Filosófico no existe. Lo único que tiene un sentido justo en el mundo, es la palabra Nihil».

Conclusión tan absurda que no necesita refutación.

❖ Pequeño Poema de Carnaval ❖

A Madame Leopoldo Lugones.

Ha mucho que Leopoldo
Me juzga bajo un toldo
De penas, al rescoldo
De una última ilusión,
O bien cual hombre adusto
Que agriado de disgusto
No hincha el cuello robusto
Lanzando una canción.

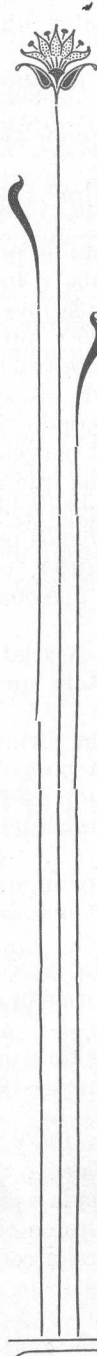
Juzga este ser titánico
Con buen humor tiránico
Que estoy lleno de pánico,
Desengaño ó esplin,
Porque ha tiempo no mana
Ni una rima galana
Ni una prosa profana
De mi viejo violín.

Y por tales cuidados
Me vino con recados,
Lindamente acordados,
Que dice que le dió
Primavera, la niña
De florida basquiña
A quien por la campiña
Harto perseguí yo.

No hay tal, señora mía,
Y aquí vengo este día,
Lleno de poesía,
Pues llega el carnaval,
A hacer sonar en grata
Hora, lira de plata,
Flauta que olvidos mata,
Y sistro de cristal.

Pues en París estamos,
Parisienses hagamos
Los más soberbios ramos
De flores de París,
Y llenen esta estancia
De gloria y de fragancia,
Bellas rosas de Francia
Y la hortensia y la lis.

¡Viva la ciudad santa
—De diabla que es— que encanta
Con tanta gracia y tanta



Furia de porvenir;
Que es la única en el mundo
Donde en sueños me hundo
Con lo dulce y profundo
Del gozo del vivir!

Viva, con sus coronas
De laurel, sus sorbonas,
Y sus lindas personas
Pérfidas como el mar;
Viva, con «gamin» listo,
Estudiante y aristo,
Y el gallo nunca visto
Y el gorrión familiar.

Yo he visto á Venus bella;
En el pecho una estrella,
Y á Mammón ir tras ella
Que con ligero pie
Proseguía adelante,
Parándose delante
Del fuego del diamante
De la rue de la Paix.

Creí tras los macizos
De un jardín, los carrizos
Oír, llenos de hechizos;
De la flauta de Pan.
Reía Primavera
De la canción ligera,
El griego dios no era,
Era el pobre Lelian.

Y ahora, cuando empache
La fiesta, y el apache
Su mensaje despache
A la alegría vil,
Dará púrpura a Momo
En un divino asomo
Escapada de un tomo
La sombra de Banville.

Las musas y las gracias
Vuelven de las Acacias,
Con sus aristocracias
Doradas por el luis;
Y el avaro de Plauto
O Molière, irá incauto

Tras las huellas del auto
Al Café de París.

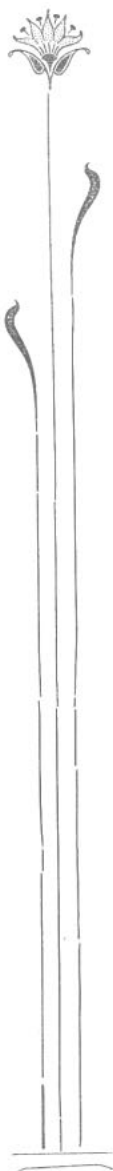
Pero todo, señora,
Lo consagra y decora,
Lo suaviza y lo dora
La mágica ciudad
Hecha de amor, de historia,
De placer y de gloria,
De hechizo y de victoria,
De triunfo y claridad.

¡Vivan los carnavales
Parisienses! Los males
Huyen á los cristales
De la viuda Clicquot.
¡Y pues que Primavera
Quería un canto fuera
La armoniosa quimera
Que llevo dentro yo!

Y de nuevo las rosas
Y las profanas prosas
Vayan á las hermosas,
Al aire, al cielo, al sol;
Vaya el verso con alas
Y la estrofa de galas
Y suenen cosas galas
Con el modo español.

Así verá Lugones
Como las ilusiones
Reviven á los sonos
Del canto fraternal,
Y brota el tallo tierno
En Otoño ó Invierno,
¡Pues Apolo es eterno
Y el arte es inmortal!

Que mire nuestro Orfeo
Cumplido su deseo
Y que no encuentre un reo



De silencios en mí;
Y para mi acomodo
No emplee agudo modo,
Pues «á pesar de todo»
Nuestro Hugo no era así.

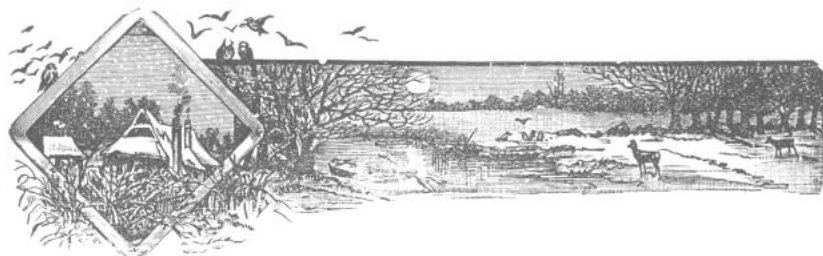
¡Viva Gallia Regina!
Aquí nos ilumina
Un sol que no declina;
Eros brinda su flor.
Palas nos da la mano,
Mientras va soberano
Rigiendo su aereoplano
Icaro vencedor.

¡Ah, señora, yo expreso
Mi gratitud, mi exceso
De gratitud, y beso
Tanto ilustre laurel.
Celebro aulas sagradas,
Artes, modas lanzadas,
Y las damas pintadas
Y los *maitres d'hôtel!*

Y puesta la careta
Ha cantado el poeta
Con cierta voz discreta
Que propia suya es;
Y reencontró su aurora
Sin viña protectora
O caricia traidora
De brevaje escocés.

Sepa la Primavera
Que mi alma es compañera
Del sol que ella venera
Y del supremo Pan.
Y que si Apolo ardiente
La llama, de repente
Contestará: ¡Presente,
Mi capitán!

RUBEN DARÍO.



✎ EL PASADO ✎



Sería un acto ridículo, dijo Claudio, arrojando el número de «El Mercurio» sobre el escritorio. Y que también sería inútil... La vida es un tejido de recuerdos sobre los cuales no tenemos ninguna influencia en el presente...

¿Qué provecho obtendrías arrojando á la chimenea ese guante ó esa tarjeta? ...¿Crees acaso que á medida que las lenguas temblorosas de las llamas vayan lamiendo rápidamente la cartulina, irá borrándose el recuerdo de mi memoria?... Nó. El pasado es irreparable!... Sería como pretender hacer la vida de nuevo...

Clara no contestó. La masa pesada y negra de su peinado ampuloso seguía inclinada sobre la costura.

En la mesilla chinesca cercana y junto á los útiles de labor, había un pequeño cofre por cuya abertura, se veía un guante de color lila tan suave, que se diría lo habían bañado en una agua de violetas.

Claudio se acercó á la ventana y apoyó la frente en los cristales.

Afuera, en la calle solitaria de ese pueblecito de campo, una lluvia fina, como una gasa, caía de través, oblicuamente, retorciéndose en haces líquidos y transparentes, á lo lejos la comba y verde superficie de las colinas, interrumpida de cuando en cuando por el pardo brochazo de un barranco, la mancha húmeda de los sembrados de alfalfa, los álamos y los eucaliptus, iban disolviéndose en el fondo gris perla del paisaje, como una evocación de ensueño. Los vidrios se habían empañado poco á poco de una niebla sutil, como una leve transpiración, ó como si la lluvia se tamizara á través de ellos.

—Esos objetos—agregó el joven, como continuando en alta voz su pensamiento, representan la parte material de unos cuantos recuerdos inofensivos.

Clara levantó la vista.

—¿Y si es así, entonces, para qué empeñarse en conservarlos?

Habló él, con desgano, lentamente, como con la imaginación absorbida por el paisaje que iba desfalleciendo afuera en el campo:

—Los conservo... solo porque halagan un poco mi vanidad de hombre... Y además porque experimento un placer infinito haciendo divagaciones. Cada uno de esos objetos encierra para mí un capítulo, triste ó alegre de mi etapa de adolescente. ¿Acaso sé yo mismo, lo que ha sido en el mundo de esas mujeres que han desempeñado algún papel en la sencilla novela de mi vida? Quizás muchas de ellas hayan muerto .. y su recuerdo sería entonces como un sagrado pedazo de alma; otras se habrán casado, habrán sido felices ó desgraciadas; talvez alguna concluye silenciosamente su vida en un convento, evocando bajo la blanca toca un desengaño sentimental. De todo eso ¿qué queda? Un puñado de cosas amarillentas y desteñidas por el tiempo...

Calló. Ambos parecían preocupados por el mismo pensamiento.

El silbido angustioso de una locomotora rasgó violentamente el silencio. El sordo y rápido rodar del convoy fué llenando el espacio por unos instantes. Después cruzó en lo alto de los taludes de la vía y por entre el obscuro grupo de los eucaliptus como una visión negra. Quedaron en el aire mezclándose con la lluvia unos redondos cúmulos de humo color sepia. Algunos bueyes que ramiaban pacientemente á la orilla del camino se levantaron espantados.

—Fíjate—observó él—en el símil tan humano que encierran esos convoyes llenos de viajeros desconocidos que atraviesan de hora en hora ante la pequeña estación. Vemos sus rostros indiferentes de viajeros aburridos, les damos una mirada, hacemos una hipótesis vaga cualquiera y no nos queda de ellos otra sensación

que una remembranza y unos cuantos girones de humo, que se extienden, que se disuelven, que se van... Exactamente lo mismo que en la vida; una reminiscencia fugaz y delicada ó un objeto insignificante, como esos que tú empeñas en echar al fuego.

—Si esos recuerdos fueran de personas solamente,—dijo Clara,—serian inofensivos, como tú dices, pero... ¿por qué no suponer que fueran también de hechos?... Y yo...

—¿Y yo... qué?... inquirió Claudio.

Clara insistía en su idea anterior sospechando quién sabe qué historias amorosas en el pasado de su marido.

—Y yo hombre—concluyó ella—habría desconfiado siempre de esas mujeres que dan con tanta facilidad los objetos de su pertenencia. ¡Quién sabe si con la misma facilidad!...

Claudio se volvió bruscamente. Estaba sumido en la sombra que había inundado lentamente la habitación, la calle, el campo... Sólo el resplandor trémulo y rojizo de la chimenea trazaba en la alfombra un semi-círculo tembloroso.

Ella no veía su rostro pero imaginó que debía tenerlo irritado por la alusión que había formulado.

Atravesó el joven la salita y abrió el cierra-circuito de la luz eléctrica. Una viva claridad rió alegremente en las bombillas de la araña, en los cristales de las acuarelas y en los dorados de las encuadernaciones.

La luz sorprendió á Clara con la mano en la mejilla en una actitud de espera. El comprendió que debía hablar.

—Te repito, Clara, que esos celos de mi pasado son ridículos y doblemente ridículo sería aún entre nosotros el acto de ese auto de fe, tan explotado ya por los novelistas. ¿Quieres saber la historia de esos recuerdos?

Escucha:

*
* *

Nunca supe cómo empezó aquella amistad. Creo que mi madre conoció á la señora de River en un viaje de recreo que hizo á Valdivia. Fué un simple afecto de viajeras, nacido talvez de una coincidencia de emociones ante un claro horizonte marino ó al calor de una de esas charlas femeninas hechas interminables por la falta de entretenciones de una navegación. Creció esa amistad hasta transformarse en una hermosa intimidad entre dos personas de ideas y aficiones de completa ecuanimidad. Al verlas pasearse juntas enlazadas de la cintura, á una rubia con su cabecita soñadora y á la otra morena con ligera acentuación varonil en las facciones, se pensaba en esas armoniosas uniones guiadas por el genio de la especie, que dijo Schopenhauer. Era tan sincero aquel afecto,—que se desprendía de sus almas trascendiendo al exterior, una como nube impalpable de ternura que las envolvía amorosamente,—que muchas veces hacia exclamar á mi padre con leve acento de reproche: «Si la señora de River hubiese sido hombre, me habría dado calabazas con mi mujer.»

Mas tarde los negocios alejaron á mi padre de la capital, quedando esa amistad ahogada en la más íntima de sus manifestaciones: el intercambio directo de ideas y de juicios sobre las personas y las cosas, sin que ese temor de que nuestros pensamientos sean profanados ó interpretados torcidamente.

Continuó, sin embargo, aquel maridaje afectivo sostenido por cartas cambiadas entre ellas frecuentemente, para aminorar el número de leguas de tierra que tenían por medio... Pero esto se hace imposible trascurridos algunos años. Se adquieren nuevas costumbres, se modifican nuestros gustos. Y las sensaciones que antes nos parecían exteriorizadas por nuestro propio cerebro, van perdiendo su

poder evocativo y se van haciendo extrañas, hasta apagarse con la paulatina suavidad de los acordes de un órgano bajo la cúpula calada de una catedral.

No sucedió de este modo precisamente. La correspondencia continuó, pero se fué vulgarizando hasta quedar convertida en una ración de noticias sin importancia que se enviaban por mero compromiso social.

Está claro que, en una de estas cartas, cuando mi madre manifestó á la señora de River sus deseos de enviarme á Santiago á seguir mi carrera, vino el ofrecimiento del «clásico plato de comida». Aceptó mi madre y yo pasé á ser el huésped de la familia de River.

Fuí recibido en aquella casa como lo habría sido mi madre en la primera época de sus relaciones. Tuve la dicha de resucitar en el seno de la familia el mismo cariñoso afecto que ella supo despertar hacía algunos años en el corazón de la señora. Puede que fuera como el reflejo del mismo sentimiento que la buena señora conservaba adormecido en su alma, el hecho es que para cada gesto, para cada actitud mía, guardaba la señora María en su cerebro con el fervoroso placer que se guarda una reliquia, una anécdota alusiva de la juventud de mi madre, un episodio vulgar cualquiera, pero, que, sin embargo, me hacía apreciar el apasionado y hondo sentimiento que había unido á aquellas dos mujeres, y del cual me estaba tocando á mí una buena parte.

Poco á poco me fuí imponiendo de las interioridades de la familia. Supe que ésta se componía de tres hijas y de un niño pequeño, que se educaba en el Internado Nacional. La menor de ellas, Georgina, pasaba largas temporadas en Valparaíso en casa de la abuelita. A juzgar por las fotografías y por los detalles que de ella me había dado Blanca—la mayor—su carácter era muy diferente del de sus hermanas. Debía de ser viva y apasionada como una andaluza, sin perjuicio de soñar á menudo con una novela en la falda; un poco coqueta y aficionada al flirt en extremo. Me lo había dicho su inmenso album de postales, que yo hojeé muchas veces en el salón, mientras Blanca ejecutaba en el piano piezas de Madame Chaminate.

Había yo olvidado estos detalles. Una tarde me recibió Blanca con un telegrama. Era de Georgina. Llegaría en el expreso de la noche. La noticia despertó en mí una inquietud extraña, un temor vago de no serle agradable, como lo era para el resto de la familia.

La conocí aquella misma noche. Bajo el sencillo sombrero Panamá, adornado con una cascada de muselina de seda, su figura aparecía como envuelta en una nube dorada. Todo su rostro estaba iluminado por ese reflejo de oro. Los ojos, ensombrecidos por las pestañas, tenían el mismo matiz rubio del cabello, mas acentuado en las mejillas que parecían frotadas con rayos de sol.

Crucé con ella algunas frases triviales. Luego prescindió de mi persona para continuar la charla interrumpida. Saltaba de un asunto á otro con volubilidad de pajarillo; abordaba los temas con deliciosa franqueza varonil; juzgaba las cosas y burlábase de ella misma y de los demás con tanto ingenio y destreza, que hacía pensar en todo lo que embriaga espiritualmente.

Debía ser terrible aquella muchacha para la persona que tuviera la desgracia de no serle agradable. Poco á poco, á medida que corrían los días é intimábamos, me fuí cerciorando que yo había tenido ese privilegio. Georgina me odiaba cordialmente con toda la violencia que puede demostrar una persona de buena sociedad.

Aquello parecía la resultante de una fuerza extraña y poderosa. Siempre era yo la víctima que ella encontraba mas á mano para sus bromas y sátiras, que constituían como la esencia de su temperamento nervioso de burlona sempiterna. Poseía una intuición sutilísima para elegir de una mirada el blanco seguro de su tiro. Yo, como buen provinciano accidental, tenía horror á los refinamientos del chic. Mis vestones un tanto alejados de los rigurosos cánones de la moda y mis

sombreros sin exageración, eran objeto de eterna mofa. «Estos campesinos—decía—son todos lo mismo: tacaños y huasos. Estoy segura que la mensualidad que le envía su padre es suficiente para trajearse con elegancia; y él por economizar para la vejez, anda como un traperero y se viste «chez maruri». Y añadía: «Convéngase... Ud. necesita, Claudio, alguien que lo desasne...—¿Y quién mejor que Ud., Georgina?—me atrevía á preguntar: «¿Yo? No comprende Ud. que la miel no se ha hecho...»

Muchas veces para excitarme, cuando había visitas, me dirigía la palabra en inglés, idioma que entonces yo no comprendía: «*Shut up! Dont be a fool... You mut keep your tongue in your pocket!*»

Usaba un tono entre irónico y risueño, dejando caer las frases de su boca, con lentitud provocativa, como sondeando el límite de mi paciencia y saboreando voluptuosamente al mismo tiempo el efecto que sus puyas hacían en mi ánimo.

A veces pasábamos días enteros en completa armonía. Entonces yo le corregía sus expresiones un tanto varoniles. «Mire, Georgina, no diga burro, es una palabra vulgar y cruda. Emplée imbécil ú otra»... Ella me miraba y por sus pupilas de oro agrandadas, pasaba un destello de amenaza encantador y guardaba silencio. Transcurrían algunos días. A la hora del almuerzo la señora María narraba una anécdota de su juventud. Un paseo en el que los asistentes habían tenido que emplear un burro encontrado en el camino para vadear un río. Georgina saltaba; «Mamá, dice Claudio que no se debe decir burro que es una palabra dura... Se dice imbécil ó estúpido»... Todos recordaban mi corrección y se reían solapadamente, temerosos de enfadarme, mientras ella se reía con carcajadas vibrantes de su voz de contralto, contraído el rostro y estremecido su cuerpo todo con nerviosa y diabólica maldad.

De este modo se fueron deslizado mis largos seis años de estudio, hasta que tuve mi título de doctor en medicina. Necesitaba entonces el complemento de mi carrera, un título de alguna Universidad europea. Fui á mi provincia, solicité y obtuve de mi padre lo necesario para emprender la conquista de ese pasaporte hacia la notoriedad.

Volví á Santiago y arreglé mis asuntos. Para el día subsiguiente estaba anunciado con destino á la Pallice un trasatlántico de la Pacific Steam. Aquella noche asistí por última vez á la velada de confianza de la señora de River,

Georgina ejecutaba en el piano su pieza favorita: «La Sonata Patética» de Beethoven. Los acordes lentos y llorosos de esa música triste como última frase de amor, temblaban bajo la presión de sus dedos frágiles para quedar sostenidas en los descrecidos en una caricia suave y larga.

—Al fin, me dijo la señora María, va á realizar Ud. el ensueño de toda su vida: su viaje á Europa. ¡Qué hermoso debe ser aquello!

—¿Y cuando es viaje?—preguntó Blanca.

—Me embarcaré mañana en el «Oronza».

—¡Qué ingratitud!... ¿Se vá Ud. mañana y no había dicho nada?

—Ud. conoce mi carácter, Blanca .. Me agrada hacer las cosas en silencio... pero no tanto para que me hubiera marchado sin despedirme...

—¡Bah! ¿Y qué extraño?... interrumpió Georgina.

Me acerqué al piano.

—Ya quedará Ud. tranquila, Georgina, como hace seis años...

No me contestó. Seguía tocando.

—Escribanos largo continuó la señora, cuéntenos sus impresiones de viajero...

—¿Impresiones? ¡Qué sabe este huaso?... Lo hará como el otro, mamá, que dijo que en París nada había llamado su atención .. ¡La gente usaba paraguas cuando llovía!...

—¿Lo cree Ud. así, Georgina, le pregunté?

La risa parecía ahogarla cuando levantó la cabeza. ¿Fue ilusión mía ó era efecto de la risa que la sacudía? Sus ojos claros estaban llenos de lágrimas que se escurrían por las mejillas en silencio. Y se reía. Y continuaba riendo nerviosamente y su cuerpo vibraba como la acordadura de un violín viejo.

Al despedirme de la familia á la mañana siguiente, fué imposible encontrar á Georgina por toda la casa.

Algunos días después, en mi camarote del «Oronza», sacando de mi maleta «El Calvario» de Mirbeau, que leía por ese tiempo, encontré en sus páginas esta tarjeta.

Claudio se acercó á la luz y leyó: «Claudio: si lo he hecho sufrir, perdóneme. Cuando esté en París, recuerde á la pobre Georgina que lo ama con toda el alma...»

La noticia, agregó el joven me produjo una impresión intraducible de desaliento y desesperanza.

Sentí un deseo vehemente de volver y consolar á aquella pobre muchacha, Pero... ¿cómo? Navegábamos á doce millas sobre un mar sombrío color de hulla...

MARTÍN ESCOBAR.

AMADO NERVO

(De su libro «Serenidad» próximo á publicarse).

VIA, VERITAS ET VITA

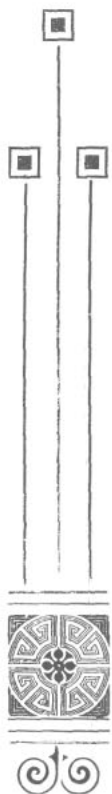
I

... Ver en todas las cosas
Del Espíritu incógnito las huellas:
Contemplar
Sin cesar
En las diáfanas noches misteriosas,
La santa desnudez de las estrellas:

Esperar!
Esperar!
¿Qué? ¡Quién sabe! Tal vez una futura
Y no soñada paz...
Serenos y fuertes
Correr esa aventura
Sublime y portentosa de la Muerte!

¡Mientras, amarlo todo... y no amar nada!
Sonreír cuando hay sol y cuando hay brumas:
Cuidar de que en el áspera jornada
No se atrofien las alas ni oleada
De cieno vil ensucie nuestras plumas!

Alma, tal es la orientación mejor,
Tal es el instintivo derrotero
Que nos muestra un lucero
Interior...



Aunque nada sepamos del Destino,
La noche á no temerle nos convida.
Su alfabeto de luz, claro y divino,
Nos dice: Ven á mí: *soy el camino,*
La verdad y la vida!

SUAVIDAD

II

Ha tantos lustros ya que estoy penando,
Que al fin con mi penar marchó tranquilo.
Mi perenne dolor es como un filo
Que á fuerza de cortar se va gastando...

Bronca al principio, más hoy casi leda,
Pasa mi angustia por los eriales
Del mundo y el cilicio de mis males,
En un tiempo de crín, hoy es de seda!

Mi tristeza de ayer, hosca, importuna,
Hoy se oculta y esquiva los alardes;
Es ya crepuscular, como las tardes,
Y mansa como el claro de la luna.

Siempre más tenue, siempre más saave,
El estribillo ingenuo de mi queja
Parece una romanza ya muy vieja
Arrancada al marfil de un viejo clave ..

Por igual en mis rimas se deslían
Aljófares y lágrimas radiantes,
Y al mirarlos temblar como diamantes,
¡Nadie sabe si lloran ó si ríen!

RENUNCIACIÓN

III

Oh Siddharta Gautama, tú tenías razón:
Las angustias nos vienen del deseo; el edén
Se encuentra en no anhelar, en la renunciación
Completa, irrevocable, de toda posesión:
¡Quién no desea nada, donde quiera está bien!

El deseo es un vaso de infinita amargura,
Un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
Que se cortan, renacen para nuestra tortura;
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
Y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como Diógenes el agua con la mano,
 Quien de volver la espalda al dinero es capaz,
 Quien ama sobre todas las cosas al Arcano,
 Ese es el victorioso, el fuerte, el soberano,
 Y no hay paz comparable con su perenne paz...

MENSAJE

IV

—Dice la Dama, que *fué*,
 Que ya no *es*, que un barrunte
 De nieve en su pelo ve...
 —Decid á la Dama que
 Su tarde á mi tarde junte;

Decidle que hay un edén
 En los besos otoñales,
 Sobre la nuca ó la sien;
 Decidla que huelen bien
 En septiembre los rosales;

Que si el ardor que empleé
 En requerirla de amor
 Excesivo acaso fué,
 Yo le aterciopelaré
 En adelante ese ardor;

Que haré blandura mi afán
 Y, por obviarla sonrojos,
 Nuestras manos se unirán
 Sin fiebre y se encontrarán,
 Pensativos, nuestros ojos.

Que nos embelesará
 Un afecto grave y hondo,
 Que mi frente ansiosa está
 De posarse un poco ya
 Sobre su seno redondo;

Que aún germina el verdor
 En nuestra alma, de un retoño
 Tardío: quizá el mejor;
 Que hay todavía fulgor
 En las tardes de mi otoño;

Que mi soledad reclama
 La suya; que somos dos
 Hielos que han menester llama...
 ¡Decid todo esto á la Dama,
 Oh dueña, y que os guarde Dios!

—❧ LA MANCHA ROJA ❧—

(Idilio urbano).

I

Nos conocimos en la calle; y no pasó mas allá de ella nuestra intimidad; era bajita y risueña, morenilla graciosa, con desarrollado seno de mujer sana y abultadas caderas de hembra: tenía esa desarmonica proporción de formas de las mujeres de nuestro bajo pueblo que las hace asemejarse tanto á las rechonchas manzanas de los montes, duras y feas, pero de reconcentrada sustancia: era el tipo de nuestra costurerilla, el ejército femenino que sienta plaza en los almacenes de modas, para conquistar la vida con la aguja... y muchas veces con el alma...

Su carilla fresca, y á pesar de todo con cierto aire de cansancio que no la venía mal, tenía la expresión suave y reservada de aquellos que para vivir tienen que guardarse sus mas caras inclinaciones: nunca como entonces se me presentó con mayor claridad ese problema de la mujer en la vida moderna: en sus gustos, en sus mas insignificantes ideas, no se veía á la costurerilla ignorante de todo; al contrario, su porte era casi distinguido y llevaba con mucho gracejo su sombrero de blanco penacho que tapaba la nuca, como los de los mosqueteros de Luis XV; nunca vi como entonces la escasa diferencia social que hay entre la costurerilla y la compungida señorita burguesa: entre los hombres hay diferencias capitales, de instrucción, de modo de ser, y hasta de porte; en las mujeres el nivel es el mismo, aunque el abismo que las separa sea muy mayor...

La conocí en la mañana cuando ella marchaba al almacén, rápida é inquieta, sonrosadas las morenas mejillas por el azote del frio que deja en la cama al Santiago que no trabaja, mientras el otro abre las puertas de los almacenes con gran ruido de hierro que se descorre, llenas las amplias salas de clase donde el frio ha sentado sus reales, ó campanilla nerviosa en el sonoro timbre de los tranvías que pasan rápidos, repletos de empleados y de menestralas...

La conocí en la mañana, cuando iba á clase con mi código debajo del brazo: nos cruzamos muchas veces sin vernos, y sin que el estudiante fuese para ella mas que los coches estacionados en las esquinas, ó que el suplementario que vocea los diarios recién salidos de la imprenta, frescos y húmedos todavía. Ella no me había visto, pero yo había ya fijado mis glotonos ojos de veinte años en esa apetitosa fruta nacional, tan viva y simpática que pasaba sin fijarse en nada, hundida su carita morena en la acariciante suavidad de la boa...

Una mañana, un caballo resbaló en el asfalto regado un momento antes por las fuertes mangas de agua de la policía de aseo, y alrededor del desgraciado jamelgo se agrupó curiosa, entre ellos mi linda costurerita inclinaba su cabezuela frágil de mujer, con una curiosidad retozona y alegre pintada en la linda carilla, apoyando sin darse cuenta su manita en mi hombro: yo la reconocí al instante y un tembloroso escalofrío pasó por mis nervios como un grito de alarma.

Varios policiales y el cochero, levantaban al molido caballo que respiraba fuertemente lanzando gruesas columnas de vapor por sus narices, mientras sus flamos se levantaban en poderosas palpitations: sus grandes ojos indiferentes estaban humedecidos con expresión dolorosa...

—¡Miren como llora el pingo!.. dijo un chusco con expresión cómica, y un aleteo de risa recorrió el abigarrado público, poderoso auditorio del teatro de la calle.

Mi linda morena, apoyada en el borde de la acera, agitó su cabeza como buscando unos ojos con quién compartir la alegría de vivir que salía hacia afuera

en forma de sonrisas ó nerviosas contracciones del elástico cuerpecillo: inconcientemente movimiento del alma a los veinte años que busca otra alma, en el extraño determinismo de la vida animal: se encontró con mis ojos ávidos que la sonreían, y al retirar sus manos de mi hombro, con un poderoso repliegue de todo su sér, disimuló sus dulces emociones de hembra, diciendo con tono compasivo:

—¡Pobre animal! ¡Cómo sufrirá!

Yo seguía envolviéndola en una mirada persistente, en que pretendía poner todo el encanto que alcanzaba á adivinar en los juveniles ojos, donde la sombra de la vida uniforme y pesada comenzaba á borrar la deliciosa claridad de un ensueño mucho tiempo acariciado: su inquietud se manifestó abandonando bruscamente el grupo con un nervioso apresuramiento, como queriendo libertarse de esa molesta mirada de hombre que probablemente desnudaba su alma tímida, vestida con irrealizables ilusiones y lejanas esperanzas; sin embargo volvió la cabeza varias veces antes de desaparecer tras la boca-calle más próxima.

Al día siguiente volví á encontrarla; y esta vez sonreímos como antiguos conocidos: ahora en sus ojos no había ese fulgor hostil y miedoso: brillaban dulcemente con poética audacia; en el tibio calor de su camita de obrera, los ensueños revolucionarios la habían hablado del juvenzuelo de la víspera, y la habrían dicho tanto de la delicia de sentirse amada de veras que habrían concluído por convencerla: las mujeres no saben que en cuestiones de amor sus ensueños son sus peores enemigos, si es dado aceptar al amor como una lucha, como la manifestación menos sangrienta de la lucha por la vida, en amor finalmente ¿quién puede llamarse el victorioso?

II

—¡Parece que hiciera tanto tiempo que la conozco!

—Y sin embargo no hace dos días!

—¡Bah! No sé por qué cuando dos personas se gustan, así sin haberse conocido antes, á las primeras palabras que se cruzan hay verdadera confianza entre ellas... ¿No le pasa lo mismo á usted?

—Sí, lo mismo.

Y al decir esto sonreía sin levantar los ojos, como diciendo con una franqueza de mujer cuya educación deficiente no la permite disimular, que le gustaba, y que marchaba á mi lado muy á gusto...

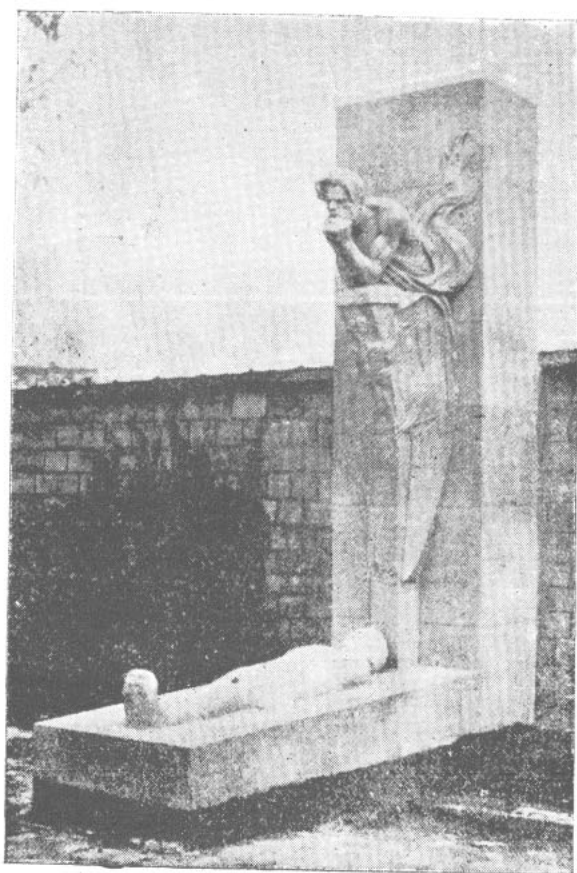
Sus tímidos celos iban desapareciendo lentamente: y la confianza, el dulce lazo que confunde las almas, y que es como un apoyo donde un alma descansa en la otra, surgía tranquila y sisueña de nuestra intimidad: me contaba sus penillas de obrera, el mal genio de su jefa, una elegante señora francesa que la reñía por cualquier insignificancia de la obra: una puntada de aguja que no tuviera la estricta longitud ó un encaje albo donde hubiera una mancha negruzca; sus largas veladas en los días de mucho trabajo, quedándose dormida con la blanca muselina en la mano, y con el crespo encaje á medio concluído... los clientes apremian al comerciante, y el comerciante amenaza á las obreras... Y las víctimas son dos lindos ojos que se marchitan, y una almita ingenua que siente irresistibles deseos de sublevarse contra algo, de verter la amargura acumulada en tantas noches de insomnio....

—Y con esas penas, nunca ha sentido usted deseos de querer á alguien, de que alguien le consuele?

Sonriéndose:

—Nó, nunca... ¿Para qué? En mi casa todos me dicen que me resigne, que no se puede hacer nada...

—Nó, no me refiero á eso... Digo si nunca ha sentido usted cariño por una persona que no sean sus padres, ni otra mujer...



La tumba de Baudelaire

—Mis hermanos, pues...

—Tampoco me refiero á eso...Ahora bien claro: ¿me quiere Ud. á mí por ejemplo...?

—¡Por Dios! ¡Hace tan poco que lo conozco!...Yo soy una pobre, y yo no sé cómo no se avergüenza andando conmigo...

—¿Cree Ud. que me importa algo?

Para la verdadera simpatía las clases no existen: si la persona que á uno le toca en suerte está en una clase inferior á la nuestra, no por eso se la va á dejar perderse: bien puede ser que ahí esté nuestra felicidad...

Ha bajado la vista con una suave expresión en el rostro, como sonriendo á un ensueño interior: ¿seré cruel con esta ingenua costurerilla, de la cual, sin embargo, no conozco nada si no lo que ella ha querido confiarme?

¿Estoy jugando con esa alma sencilla, cuya vida era monótona y pesada, es cierto, pero á la cual el amor no había paralizado aún la aguja en los dedos? Sí, sí, seguramente: no debo yo hacerla desgraciada, por dar expansión al Tenorio que todos tenemos á los veinte años, y que nos hace mirar á todas las mujeres con un cómico desearo de vividores: no debo ser yo un aliado del comerciante ladrón y de la jefa tiránica, ni contribuir á marchitar sus ojos y ahogar su alma...

Mi resolución está tomada; no la veré mas. Quise tomar por otra calle para evitar el encuentro; ¿pero no sería eso una cobardía? Si la encuentro la saludo con cariño; y paso de largo: los primeros días serán crueles para mí, y quién sabe si para ella, pero los dolores hay que apurarlos de un golpe como las medicinas malas; por suerte el dolor no es eterno, y muere como todo: le bastan cuatro puñados de olvido, para no volver nunca á penar en nuestra alma...

Abí está mi linda morenita: parece que viene más alegre y más vivaracha que nunca, parece que nunca me ha mirado con más comunicativa confianza. ¿Dónde se ha ido mi poderosa resolución que se desvanece apenas veo su carita fresca, como un arrebol cuando comienza la noche?

—¡Cómo está Ud! ¡Cuánto tiempo hacía que no lo divisaba!

—Tanto! Anoche no más nos vimos...

—De veras!... Pero Ud. me hace perder la noción del tiempo...

—Yo? No creo tener tanta influencia (y esto con una sonrisa que decía todo lo contrario).

Idos al demonio, escrúpulos tontos, vanos razonamientos que no sois nada al lado de unos ojos que os miran con pasión: ante el amor nuestra personalidad desaparece; soy un hombre ante una mujer, y la vida nos empuja el uno hacia el otro como riéndose de nuestra cobardía. Es tan bello sentirse como el defensor de un ser tan frágil y pequeño, que parece buscar bajo nuestro pecho una protección contra la vida, sentirla temblar entre nuestros brazos con el suave pavor del pajarillo tímido que palpita en nuestra mano como si todo él fuera un alado corazón.

Para nosotros los pequeños obstáculos de la posición habían desaparecido, nuestras almas rompían sus ligaduras, considerábala ya como cosa mía, marchando ella contenta é indiferente á todo, sabiendo que yo era un poderoso escudo que la protegía: la mujer reaparecía en ella, hacía desaparecer á la obrerilla mecánica: yo notaba más cuidado en su tocado, más gracejo en el modo de colocar su sombrero; y hasta se puso una cadenilla con un relojito microscópico, prendido entre los pliegues de la chaqueta como una pequeña condecoración: sus ojos brillaban con suave fulgor, sus mejillas eran más suaves y rosadas; y su sonrisa jugueteaba en su boquilla mimosa como una mariposa en la luz... Diablos... Cómo embellecía el amor el pequeño rostro cansado de la costurerita...

Se detenía en las ventanas, desplegando toda una táctica de mujer que quiere agradar, sus movimientos se afinaban, y su coquetería adquiría mil sutiles recursos. Era curioso. Ahora que parecía quererme algo se preocupaba de todo, menos de mí... Yo la observaba sonriendo, esperando que aquella crisis pasase para introducirme algunos pasos más en su alma. El concepto del rígido deber de saparecía de su linda cabecita; y era yo el que tenía que recordarla que la hora de ir á la ocupación había llegado.

III

Una mañana en la ventana de una joyería, tuvo un arranque de femenina admiración ante unos coquetones zarcillos de oro: eran tres hojuelas diminutas, unidas por la gota roja de un coral: sus ojos dejaron escapar un brillo de voluptuosa codicia, pero luego su ligera cabecita los olvidó para fijarse en un perrillo que tiritaba de frío en el quicio de una puerta. Era una caricia amplia que lo envolvía todo: el cielo, la ciudad, los animales, los mendigos: un ansia inagotable de curar penas, y consolar á los que sufren que partía de la misma felicidad de sentirse amada que se escapaba por sus ojos, por sus labios, por sus movimientos, por todo el lindo cuerpecillo...

Nuestra intimidad se ahondaba cada día, y sentíamos el deseo de vernos á toda hora: nuestras cortas entrevistas á las ocho de la mañana eran rápidas y molestas: todos los días fuí á buscarla al atardecer, á esa hora en que la ciudad ad-

quiere la vida luminosa de la noche: la luz se escapa de todas partes: de los focos, pálida y fría, con resplandor astral y lejano, de los almacenes, á través de las vitrinas consteladas de ampolletas eléctricas, de los tranvías que pueblan la calle con una fugitiva ráfaga de luz, de los puntos luminosos de las bicicletas que rasgan la sombra con un ojo ardiente, y en los dos ojos tranquilos de los carruajes que ruedan silenciosos en el asfalto ó se estacionan soñolientos en la Alameda .. Los transeuntes pasan en un caminar febril de gente atareada, tropezando unos con otros, y mirándose al detenerse con mirada de odio...

Nos intimida un poco este afiebrado movimiento de la calle Ahumada, y no nos encontramos seguros de nosotros mismos, sino cuando la discreta sombra de una calle mal alumbrada parece proteger el dulce calor que brota de nuestra intimidad.

He comprado los zarcillos que tanto la gustaban y se los he ofrecido tímidamente: su negativa ha sido rotunda, y hasta había cierto dejo de mujer herida en su amor propio en el — No puedo aceptarlo con que respondía, rechazando el obsequio...

—Como á Ud. le gustaban tanto yo creí que no se ofendería...

—Nó, nó, si no me ofendo...

—¿Entonces me perdona Ud?

—Perdonado...

Tuve un rasgo heroico, que en aquel momento tuvo mucha sinceridad: arrojé los zarcillos al medio de la calle...

—¡Por Dios! pero por qué los ha botado Ud?

—Si á Ud. no le gustan, para qué podrían servirme á mí?

Ha sonreído francamente, con esa sonrisa de la mujer que empieza á amar, y que le gusta que se lo demuestran á cada instante: empezar á dudar del objeto amado es empezar á quererlo! ¿No es cierto mi bella costurerita?

Al día siguiente la llevé un ramo de violetas, y las aceptó sonriendo, se las colocó sobre el pecho con cierto descuido artístico de mujer por cuyas manos han pasado muchos frágiles objetos, y tuvo una frase asombrosa:

—Cuando Ud. me ofrece flores en lugar de joyas es que Ud. me quiere...

Desde ese día el ramillete de flores de la estación se hizo indispensable: camelias blancas, pálidas como las novias narcisos esbeltos y aristocráticos, olorosos jazmines, violetas intensas como miradas de amor impregnadas de esa dulce tibieza, más del espíritu que del tacto, que recuerda la alcoba de una soltera, ó el biselado ropero donde se guardan los encajes espumosos y frágiles.

—Pero Ud. tiene un jardín muy surtido, me decía, cada vez que le entregaba mi ramo de flores...

—Cierto, pero Ud. sabe que las flores existen sólo para que el hombre las regale á la mujer...

—Para la virgen también...

—Nó, á la Virgen le gustan las azucenas y los lirios, flores del altar que tienen algo del cielo en sus corolas castas; para Uds. las violetas, los jazmines, las rosas... ¿no es cierto?

—Me convengo, es Ud. tan inteligente en estas cosas...

—¿En estas cosas?

Nos hemos sonreído francamente, presintiendo como un dulce misterio que vibraba sólo en nuestras almas: para otro esas palabras habrían sido vulgares y tontas pero nosotros al pronunciarlas las impregnábamos del puro aroma del cariño

Hoy ha sucedido algo extraño; con dificultad logro darme cuenta de lo que me ha pasado Experimento una sensación parecida á la del que camina en la obscuridad, y de pronto choca su cabeza contra cualquier obstáculo: siento primero un

adormecimiento que me impide razonar y paraliza mis movimientos: luego el aturdimiento pasa, y el dolor hiere el cráneo agudamente, con crueles punzadas, reconcentrando toda la vida del cuerpo en el punto dolorido: las lágrimas lo apaciguan, pero sólo la pérdida del conocimiento, la insensibilidad, la muerte, concluye con todo, poniendo un velo de dulce reposo sobre nuestra cansada naturaleza.

La he visto pasar como siempre, bella y graciosa, con su improvisada elegancia de costurera de buen gusto. tengo la seguridad de que me ha visto, pero ha vuelto el rostro hacia la pared, hundiendo más su cara fresca en las plumas brillantes de la boa: en sus ojos he visto uno de esos gestos tan elocuentes de la mujer, con los cuales dicen ellas todo lo que la debilidad de su pensamiento les impide expresar con la palabra; lo ha dicho claro, muy claro: «tengo un amante de mi condición que quiere casarse conmigo, aunque no me regale flores, ni me diga palabras almibaradas, á él me entrego gustosa y á ti no he hecho otra cosa que aceptarte flores, y ponerte en ridículo obligándote á que me acompañes por las calles más concurridas de Santiago».

Y me he quedado ahí, en medio de la acera, inmóvil, fijando una mirada de triste desconsuelo en la esquina por donde ella ha desaparecido veloz, como adivinándome desolado á sus espaldas; me he quedado ahí, en medio de la acera, con mi ramo de violetas en la mano, y con mi código debajo del brazo, con tan cómico desconcierto que hasta un gañán que barre la escoria con su tosca escoba de crines, me ha dicho con tono zumbón:

—Calabazas patrón? No sea leso, eso pasa luego...

He tomado una resolución violenta y decisiva: arrojé el ramo de violetas á la calle, con el ánimo de concluir con todo; cómo pude enamorarme de esa costurerilla que no tiene más belleza que sus dieciocho años, ni más atractivo que ser una presa fácil para un estudiante? Realmente (y esto en tono de burla) á los veinte años el hombre no está en condiciones de luchar con la mujer: la pasión se sobrepone á todo, y uno se entrega en cuerpo y alma á la alegría de querer... Ved si nó esa costurerilla vulgar que se ha burlado de mí sin gran trabajo: mi delicadeza cortés y galante la habrá tomado por cobarde timidez, y junto con su amante habrá comentado el amor del señorito que la regalaba flores para que ella á su vez se las regalase á su novio con una sonrisa de maliciosa complicidad... Nó, no se reirá de mí: le cantaré las cosas claras, y le diré que es una ramerilla despreciable; que lo que me llevaba á regalarla flores era sólo un medio más delicado de hacer todo lo que hacen los demás; que si creía que estaba enamorado de ella era una real tonta: yo la quería... ella sabía muy bien por qué la quería yo... Mis reflexiones se detuvieron de improviso: me acordé de pronto que se había sonrojado, mirando hacia la pared, que su paso era tembloroso como persona agitada por alguna poderosa conmoción interna; y ahora no estaba muy seguro de haber visto ese gesto con el que las mujeres me dicen todo lo que no pueden decir...

Al atardecer de ese mismo día la esperaba cerca de la tienda de encajes donde ella ensartaba plumas de garceta en una enorme cápsula de paja ó prendía encajes y más encajes en una enagua rumorosa como la espuma y tenue como un vapor.

El—¡Buenas noches!—con que la saludé apenas la ví salir, seco y dominante, me pareció la exacta expresión de mis sentimientos...

—Buenas noches! contestó ella, con un tono tan humilde que toda mi vengadora soberbia cayó á tierra como una rama desgajada del árbol. La hipocresía femenina que se impone una vez más, pensé para mí... Comprendí la debilidad de los héroes de la historia por el eterno femenino, y comprendí también que la debilidad de la mujer es una fuerza poderosa. Sin embargo, me había desarmado con su suave timidez, donde creí percibir como el aroma de un dolor contenido.

Marchábamos silenciosos, uno al lado del otro; ella con su carilla mofletuda y risueña enteramente oculta por la boa, y yo encastillado en un silencio hostil y rencoroso. Cruzamos varias calles sin hablarnos: yo trataba de ver la expresión de

su rostro, pero el manto y la boa me la ocultaban por completo: las calles oscuras del barrio de la Recoleta no me ayudaban gran cosa en mi inspección y cuando pasábamos frente á un mechero de gas, ella perdía más su rostro en la boa anudada dos veces a su cuello...

Sin embargo, un nudo me ataba la voz en la garganta, y un desconsuelo que no me imaginé tener en el alma vertió toda su amargura en mis palabras.

La detuve, cogiéndola por el manto...

—¡Por qué ha hecho eso conmigo, Zoila! ¿Para qué me dijo entonces que nadie como yo la había tratado con más delicadeza, y que por eso no me olvidaba en sus rezos y siempre se acordaba de mí!

La hablé largo rato con el alma en los labios, y mi queja, llena de la suave agonía de lo que no se sabe si ha de parecer ó volver á vivir, se repetía melancólica como una hallado sollozo...

—¿Por qué, por qué ha hecho eso conmigo, Zoila?

Y con el movimiento instintivo de las almas que sufren, buscaba como un apoyo material en sus manos, por debajo del manto: temblaban en suaves escalofríos, y estaban ardorosas y afiebradas: le busqué el rostro y estaba empapado de lágrima: lloraba quedamente, y sus ojos negros, risueños, tenían un encanto melancólico de puro dolor, la dulce simpatía de la persona sana á la cual la vida agota con una pena inesperada...

Me acerqué más á ella, empujado por incontenible deseo de acariciarla, y de enjugarle con besos las lágrimas: tantos besos como lágrimas hubiera vertido en su gracioso desconsuelo de mujer enamorada...

—Díme, mi alma, dime ¿por qué lloras? ¿Por qué, dime?

La había cogido por la cintura, y se apoyaba en mi hombro: en medio de la inconsecuencia de su pena que se deshacía en tibio llanto, se entregaba mimosa á mis caricias: la luz del mechero de gas nos daba de lleno: pasó algún transeunte en este instante y nos vió estrechamente abrazados llorando á la luz de un farol! ¡Si nos ha visto ha sido discreto: quizá si el estudiante estreche el cerco, diría para su capote, agazapándose en la sombra...

Yo sabía ya el secreto de su desvío: pude imaginar tanta delicadeza en su alma algo tosca de obrerilla mecánica. ¿Pude creer que la fuerza de un amor de algunos días fuese capaz de un sacrificio heroico, rayano en un romanticismo de novela?

Ahí estaba la mancha roja, en su morena mejilla, llegando hasta los labios con una lividez amoratada. ¿Qué había sido? Una infección cualquiera, cogida al azar, talvez en la punta de la aguja, encontrando terreno propicio en su sangre lenta de trabajadora...

Ella se había mirado esa mañana al espejo desesperada, pasando un pañuelo mojado por la mancha roja que en dos horas había aumentado extraordinariamente: el agua no borraba esa huella sanguinolenta, que era como una bofetada con que la suerte la hería en medio de su amor: las lágrimas que resbalaban por los ojos, y pasaban por la mancha tampoco eran un reactivo poderoso, y el odiado manchón bermejo persistía siempre como una mancha de sangre en una alfombra... Ella en su absurda lógica de enamorada, creía muy natural que yo la despreciara con su rostro manchado, sin la dulce suavidad de fruta madura de su cutis de morena... ¡Para qué sirve una mujer con una mancha roja!

Ni siquiera había pensado que esa mancha pudiera algún día desaparecer!

Había resuelto no hablarme, aunque me quería como siempre: ahora más que antes; sin embargo, me encontraba tan bueno, que tenía un vago presentimiento que la seguiría queriendo...

Y se abandonaba en mis brazos, con una entrega dichosa de todo su sér, en el fondo negro de sus lindos ojos, brillaba la dicha soñadora de la reconciliación como los astros tras de un chubasco de primavera...

Yo la besaba en los ojos, en los labios, en las rudas manitos morenas con la unción deleitosa de la ternura: ella en mis brazos seguía llorando queda armoniosamente...

MARIANO LATORRE.

Agosto 26 de 1908.



EL PIANO

(Para mi amigo Vicente García Huidobro F.)

I

Tiene el piano alma chilena
Que á los pesares resiste,
Que canta cuando está triste
Porque es valiente y es buena.
El piano oculta la pena
De algún recuerdo lejano
Y cuando brota del piano
El son de una triste marcha
Pienso que sobre la escarcha
Va caminando un anciano.

II

Una quimera perdida
El piano en mi alma despierta,
Quimera que creí muerta
Y estaba solo dormida.
El piano canta mi vida,

Me habla de un nombre que flota
Sobre una historia remota,
Canta un amor y un olvido
Y es cada nota un gemido
Con el disfraz de una nota.

III

«¡Adiós esperanzas bellas!»
Dicen los tristes gemidos,
«¡Tus sueños desvanecidos
Fueron fugaces estrellas!»
Al escuchar las querellas
Del piano que suena lento...
Se pierde mi pensamiento
Buscando un sueño lejano
Como una nota del piano
Que se perdiera en el viento.

JUAN J. GUZMAN C.



LA PARTIDA

Mañana tropical. En la bahía
saluda el barco que ya va en camino;
y el ronco mar, el viejo mar latino
va rezongando su canción bravía.

Cruza el cielo una alondra. Y se diría
que dá tristeza el vendaval marino;
pero esta pipa de mar y este vino
han de quitarme la melancolía.

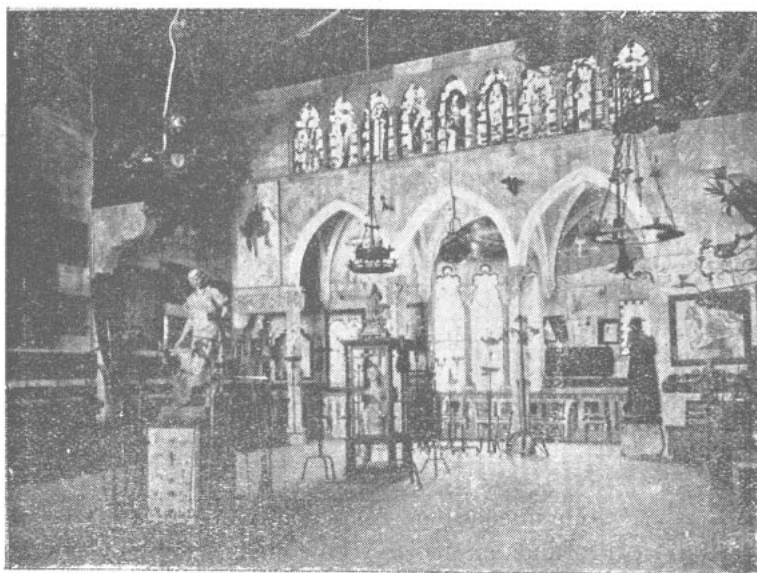




Y me pongo á pasear sobre cubierta...
fumo y medito en la ciudad extranjera
donde arribé después. La tarde incierta

Derrama sangre en el cristal del agua,
y allá se pierde con la luz postrera
el último volcán de Nicaragua.

FRANCISCO GUERRERO.
Nicaragüense



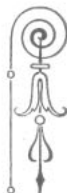
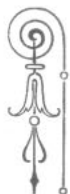
El taller de Santiago Rusñol que obtuvo el primer premio de pintura
en la última exposición de Madrid



A una pálida

(En un Album).

Niña pálida y bella, di tus melancolías,
Qué sueñas en las noches, qué piensas en los días.
Hay en tu porte rasgos de auténtica nobleza:
Tus manos ideales son manos de duquesa.
Orna tus albas sienes en soberbio derroche





El haz de tus cabellos negros como la Noche.
 Desparraman effluvios de infinita Poesía
 Tus ojos rutilantes que alumbran como el día
 Hablan ellos de ensueño, de ideal, de pasión.
 Sus rayos son mortales: hieren el corazón
 Cisne errático y triste del País de la Luna,
 Melancólico cruzas la más blanca laguna.
 Yo adivino el secreto de tus últimas penas:
 La primavera en tu alma, el estío en tus venas
 Yo te dijera á sólas mis secretos martirios
 Y besara tus manos, dos manojos de lirios.
 Más, tú muestras á mi alma sin piedad, sin clemencia,
 Un abismo insondable: el de tu indiferencia.



ARMANDO ROJAS MOLINA.



Como un Cirano de Bergerac

(Para mi distinguido amigo
 Francisco Contreras, autor de
 «Tison y Romances de Hoy»
 y otros hermosos libros.)

Salió á su labio tierna sonrisa
 Mezcla de alegre con algo trágico,
 Una sonrisa de Monna Lissa
 La que soñara Leonardo el mágico.

Me quedé solo, sumido en honda
 Profunda angustia. Yo meditaba,
 Mirando á aquella nueva Gioconda
 Que con su risa me apuñaleaba.

Me fuí temblando, transido el pecho
 De un dolor fiero llegué á mi lecho;
 Dormí tranquilo: sin alma ya.

Tal como el niño duerme en su cuna,
 Y soñé un raro viaje á la luna
 Como Cirano de Bergerac.

VICENTE GARCÍA H. FERNÁNDEZ

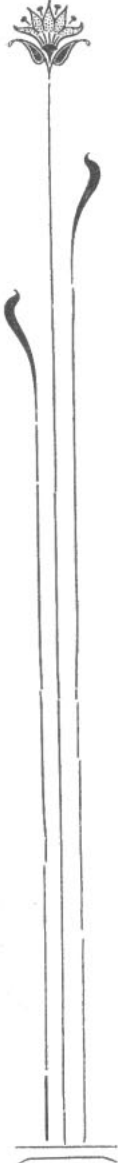
Agosto 11 de 1912.



AMADO NERVO

(Del libro «Serenidad»)


A QUOI BON...

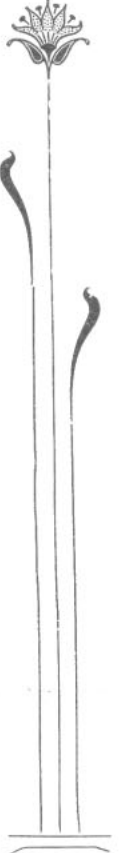


¡Con Ella, todo, sin Ella, nada!
 ¡Para qué viajes,
 Cielos, paisajes!
 ¿Qué importan soles en la jornada,
 Qué más me da
 La ciudad loca, la mar airada,
 El valle plácido, la cima helada,
 Si ya conmigo mi amor no está?
 ¡Qué más me da!

¡Venecias, Romas, Vianas, Parises:
 Bellos sin duda; pero copiados
 En sus celestes pupilas grises,
 En sus divinos ojos rasgados!

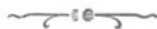
¡Venecias, Romas, Vianas, Parises,
 Qué más me da
 Vuestra balumba febril y vana
 Si de mi brazo no va mi Ana,
 Si ya conmigo mi amor no esta!
 Qué más me da...

Un rinconcito que en cualquier parte
 Me preste abrigo;
 Un apartado silencio amigo
 Donde pensar;
 Un libro austero, que me conforte;
 Una esperanza, que sea norte
 De mi penar,
 Y un apacible morir sereno,
 Mientras más pronto, más dulce y bueno:
 ¡Qué mejor cosa puedo anhelar.. !



GRATIA PLENA

(A la memoria de Ana.)



Todo en ella encantaba: todo en ella atraía:
 Su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar.
 El ingenio de Francia, de su boca fluía.
 ¡Era llena de gracia... como el avemaría!
 Quién la vió, no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
 Rubia y nevada como margarita sin par,
 Al influjo de su alma celeste, amanecía...
 Era llena de gracia, como el avemaría,
 ¡Quién la vió, no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad, la investía
 De no sé que prestigio lejano y singular.
 Más que muchas princesas, princesa parecía...
 Era llena de gracia, como el avemaría.
 ¡Quién la vió, no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
 Dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar
 Y cadencias arcanas halló mi poesía.
 Era llena de gracia, como el avemaría;
 ¡Quién la vió, no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto! ¡cuánto la quise! ¡Por diez años fué mía!
 ¡Pero flores tan bellas nunca pueden durar!
 Era llena de gracia, como el avemaría,
 Y á la fuente de gracia de donde procedía
 Se volvió... ¡cómo gota que se vuelve á la mar!



✎ TRISTE ✎

Del libro próximo á publicarse «Sanda les del camino».

¿Que gran pecado es que te ame?
Yo te amo! porque eres buena
como la blanca azucena...
¿Que gran pecado es que te ame?

Cuando el nácar de tu frente
palidece en la inclemente
obscuridad del pasado,
te amo! Te amo, tristemente,
por lo mucho que has llorado...

Cuando postrada de hinojos
miras al cielo, ferviente,
bajo el llanto de tus ojos;
y cuando alzando la frente
ante los fieros abrojos
como una mártir, valiente!

¡Yo te amo! Cuando suspiras,
con hondas quejas deliras
recordando tu pasado...
Cuando tu carne eran liras,
y, preludiaban mentiras
al amor del bien amado.

Yo sé que en la hora aciaga
tu frente de virgen vaga
me buscará en su aflicción,
y mi alma, que el vicio estraga,
en su remota afección,
murmurará una oración
sobre la frente de maga.

Y rezaré porque seas
de mis llantos las preseas
en tu camino, perdida...
y porque en mi amor, tú veas
ardiendo como dos teas
los caminos de la Vida!

Hasta que al sonar las horas,
sublimas y engañadoras,
tú te acuerdes de mí,
y de lo mucho que dí
¡y, por lo que hoy tanto lloras!

Que yo rezaré en voz baja
la tristeza del pasado
dolor, ya desmoronado
bajo su misma mortaja.

RAMÓN CABEZAS O.

EL MÍSTICO por Borrás

Julio de 1912.

Vengo de ver «el Místico» de Rusignol obra maestra que traduce magistralmente, el calvario de un mártir que en un arranque de loco misticismo erró su vida, renunciando á la senda florida en que lo esperaba la joven que había crecido á su lado mecida en un sueño de amor.

¡Qué intensa impresión de verdad contiene este drama sin estocadas ni balazos! Aún traigo huellas de lágrimas en los ojos y en el alma ese gran silencio que sigue á los acontecimientos que á fuerza de sorprendernos llegan á causarnos aturdimiento.

Ramón destinado al sacerdocio por su familia lucha contra el amor que siente por su prima. Nada más natural que amar á Marta, es hermosa, inteligente, buena y sobre todo lo ama porque él le enseñó á soñar...

Sin él le dice: «hubiera vivido como viven todas las de aquí, humildemente, sin afanes, sin deseos... sin nada queriendo la hora precisa de querer y trabajando el resto del día con la resignación de una bestia».

Al escucharla, Ramón, parece que baja de la luna y le pregunta sorprendido: «¿Qué dices?»

«Ya lo he dicho, responde Marta. No veía más allá entonces; bien lo sabes tú. Vivía contenta de vivir; ni esperaba nada, ni sabía lo que era el corazón; ignoraba lo que tuviese; rezar era para mí un modo como otro cualquiera de dormirme».

¡Cuánta amargura en esas palabras! Y cuanta gratitud hacia aquél que la sacó de la materialidad en que se embotan las facultades del alma ennobleciéndola con la comunicación íntima de su espíritu porque la necesidad que Ramón siente de vivir su vida de poeta y de místico lo obliga á buscar con quien comunicarse, y entonces sin pretenderlo va educando á Marta, inculcándole sus ideas, sus aficiones; á ella recita sus versos al atardecer y sus almas se unen en la contemplación del paisaje.

¡Qué delicioso sueño! ¿Quién sabe expresarse como Ramón?

Pero lo que el joven místico no puede conseguir de Marta su prima es la idealización del mutuo cariño, porque Ramón desea «poder llevar consigo su alma, nada más que su alma; la llevaría sobre el pecho como un relicario».

Se queja ella de sus desvarios, echándole en cara que no es de este mundo, porque aspira «á convertir en incienso lo que más se ha amado al amanecer de la vida»; más humana que él, le hace presente que no es delito amarse; que está segura que Dios los *ha creado el uno para el otro*.

Empieza á realizarse la visión del mártir .. Jesucristo no admite compartir su corazón con las criaturas, quiere que por El ame á la humanidad, que el amor se transforme en caridad para los que sufren. Su camino está trazado; abrir los brazos á todos los caídos aquellos que la crueldad rechaza y darles mucho amor por que sólo el amor redime!

¡Pobre Marta! Había creído tratar con un hombre y se encuentra frente á frente de un místico exagerado., ¿Qué hará de sus hermosos sueños? Ella no podrá ser feliz casada con un labrador; recordaría á cada momento el dulce arrullo de la poesía de Ramón y ¡qué groseras le parecerían las robustas carcajadas de los hijos de la montaña repercutiendo de peña en peña, ó bien, silbando la músi-

ca militar del batallón! ¡Qué fatalidad! Encontrarse en los dinteles de la vida dos almas sedientas de cariño, tan parecidas entre sí y tan diferentes de los demás; nacidas en un medio en que tenían necesariamente que comprenderse y amarse .. y separadas sin embargo por la fuerza de una idea.

He aquí el apóstol, el escogido del Señor, cuyo destino en la tierra es tomar para sí todos los dolores y ser médico de las almas enfermas de injusticia y abandono.

Con la mirada perdida en el vacío Ramón sigue disertando sobre sus esperanzas y su misión de amor!...

Ella entre anonadada y ofendida le obsequia una Pasionaria «para que la mire cuando no la vea».

Anuncian la visita del Obispo y como era natural se forma gran confusión y alboroto entre aquella gente de aldea. El cura Juan simplon encantador que vive en la luna de Valencia de esos que llevan en el rostro el sello de la Bienaventuranza; el legítimo limpio de corazón; corre, habla á borbotones, pide chocolate y bizcochos y que saquen toda la vajilla y que traigan el sillón de respeto, y solamente entonces repara el hombre de Dios en su propia pobreza; el Obispo es para él poco menos que el Maestro Divino.

El campanero representa muy bien el carácter aldeano; no cabe en su pellejo, se cree persona y que todos los acontecimientos giran al rededor de él. Cuenta que el obispo al pasar repartía bendiciones á diestra y siniestra, pero á él no le tocaba ninguna hasta que lo enfrentó bien y entonces le echó una que lo dejó «*mas bendito que á todos*».

El tipo magistralmente trazado en esta escena es el de la madre de Ramón. Mujer ignorante, vulgar, egoísta y mal intencionada; de aquellas que tienen en malicia lo que Dios les ha negado en inteligencia.

Ansía porque su hijo llegue á ser párroco de la aldea; no por la grandeza del pastor de almas, sino por los medros de su condición. La visita del Obispo la saca de quicio; piensa con fruición en las envidias que esa venida despertará en los vecinos, en los beneficios que podrá reportarle, y, mientras arregla la mesa en compañía de Marta y el campanero, está hecha una cotorra.

El sacristán se ha imaginado al obispo lo mas grande que cabe en su caletre inculto: un señor de títeres; cargado de joyas, telas vistosas y con la mitra clavada en la cabeza; algo entre santo y brujo.

En el colmo de su entusiasmo, quiere pagarle aquella bendición tan especial haciendo hablar á sus campanas: «*eso sí le daré las gracias: con mis campanas le tocaré la Marcha Real y la Niña Pancha y las Sevillanas... en esto tengo mucho puntillo.*»

El obispo aparece deseando á todos la paz de Dios y bendiciendo. Es un hombre bueno y pacífico; habla bien; tiene cierta unción, se expresa con ese reposo que dá el hábito de mandar; es muy sentencioso y hasta oportuno; y si practicara lo que aconseja sería un gran personaje: mucha caridad, mucha renuncia de sí mismo, mucha humildad, etc., etc.

A Ramón sobre todo van dirigidas sus amonestaciones; á Ramón que electrizado, confuso, todo oídos, lo contempla desde su rincón. Un gran corazón no puede pasar inapercibido, se impone, despide luz y calor, y mas aún, si ese corazón va unido á una inteligencia superior; por eso Ramón fija la atención del obispo sin quererlo. La madre entretanto anhelosa del lucimiento de su hijo no sosiega hasta exhibirle haciéndole recitar algunos versos propios; esos versos son de un elevado y altísimo misticismo; y la composición toda es un canto ó mas bien un lamento del alma sedienta de sacrificios y que siente la nostalgia del cielo.

Ante los aplausos, Ramón permanece como ausente; tan alto remontó el vuelo que las alabanzas de la tierra no llegan hasta él.

El obispo encariñado con Ramón le habla con detenimiento; éste recoge cada

palabra del prelado como si cayera del cielo; y lo que mas le ahonda en el alma es aquello de: «*Bienaventurados los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos y los limpios de corazón: recuerda y cumple esto con todo amor, venga lo que venga, pase lo que pase: cuando se trate de hacer el bien no te doblegues á nadie, entiéndelo, á nadie*».

Y al partir, cuando el obispo extiende sus manos, para bendecirle y Ramón cae de rodillas, parece que su destino se fijara para siempre y que de improviso se abriera el cielo y descendiera sobre la cabeza del neófito un bautismo de luz; la modesta casa Parroquial toma aspecto de Cenáculo; todo allí es solemne: se celebra el pacto de amor eterno entre el Creador y la criatura.

Ya no vacila Ramón, rotos están los lazos de flores que lo unían á Marta y aceptada la corona de la inmólación.

Marta le dice: «*Iré contigo*». Ramón tiene miedo. «*Nunca, responde, serías la tentación persiguiéndome*». Ella interpreta sus palabras como falta de cariño: ¡Cuán equivocada está... y le dice con acento de amargura: «*También el amor me llama á mí; podíamos ir juntos y quieres ir solo; vete; yo también iré por mi cuenta*».

En el segundo acto Ramón es ya el cura del pueblo; lleva el cansancio moral escrito en la tristeza de su mirada y en su cabeza que se inclina; tiene todos los caracteres externos de las pesadumbres del alma. Lleva su cruz con amor y vive entre los pobres y para los pobres. No hay dolor que le sea indiferente y todos acuden á él en busca de consuelo; el padre Ramón adormece así sus propias penas, porque no ha olvidado el amor de aquella mujer y sobre todo la desgracia de que es ahora víctima.

Llegan á las puertas de la Parroquia un grupo de desvalidos; el padre Ramón les recibe con amabilidad, les ofrece asiento y tiene para cada uno palabras de suavidad.

Ellos á su vez le cuentan á su modo sus desgracias: el uno lamenta desgarradoramente que no le han recibido en el Asilo porque aún no está lo suficientemente viejo; el otro, que lo han devuelto del Hospital porque no se ahogaba lo bastante... y así va desfilando delante del cura todo ese cortejo de miserias que tenemos delante de nuestros ojos á diario pero que muchas veces no vemos ó no queremos ver.

¡La eterna cuestión.

El rico olvidado casi siempre del pobre,

El socialismo es doctrina falsa, pero tiene algo de verdad.

Cuántas veces un padre de familia honrado cuyo salario solo alcanza para las necesidades estrictas del día, ve enfermarse á su hijo; empieza cuidándole en su pobre vivienda y llevándole al Dispensario; pero llega un momento en que no es posible mover al enfermo de su agujereado jergón y el dinero se concluye para poder comprar medicinas y aún el alimento indispensable. Viene entonces la desesperación; y aquel hombre lleno de vigor sale á pedir una limosna para su hijo enfermo; golpea á las puertas de los palacios en que hasta los perros y los caballos están lujosamente mantenidos; pregunta por la señora y si tiene la suerte de verla y puede expresarle sus angustias, ella le contesta friamente: «*Deje su dirección y tomaré informaciones. Y ésta es la más favorable de las respuestas, pues en otros casos la señora suele estar ocupada; se comprende: la modista, el peluquero, el perrito enfermo y tantos, tantísimos quehaceres*».

Entretanto el hijo del obrero se agrava... ya está cerca la agonía... en la desmantelada habitación no hay ni siquiera lumbre que preste abrigo á los últimos instantes del hijo adorado, del único rayo de sol de la casa.

Por fin es necesario pensar en el Hospital; en el frío Hospital antesala de la huesa común... Mas ¡ay! el Hospital trae consigo la necesaria separación del ser querido, es la agonía del hijo lejos, muy lejos de sus padres... No es verdad que

es inhumano pedir á una madre (aquí se trata de las que lo son de verdad) que se separe del hijo de sus entrañas, cuando ese hijo va á morir?

Este es el ambiente de dolores en que á diario vive el místico P. Ramón.

Y continúa el drama... una comisión de damas pudientes del lugar organiza una fiesta de caridad para conmover los corazones y arrancar limosna amasando risas con lágrimas. La escena es cómicamente triste, habla una necia y encoquetada dama y hace presente que, para el éxito de la función, el programa será impreso en estilo Luis XV; que señoritas muy bellas y emperejiladas recogerán la limosna en la puerta; que se cantará el Espíritu gentil etc., etc. Tiene esta señora la locuacidad inconsciente del loro que repite y repite cuanto ha oído, y el dón, bastante frecuente de una consumada impertinencia. Se admira ingenuamente que el P. Ramón no conozca ni de oídas á una cierta baronesa, allí presente, y cuyo nombre es lema de caridad de pacotilla. Pero el P. Ramón solamente conoce á los que lloran y tienen hambre y tienen frío.

La dama en cuestión es una de tantas que todos hemos encontrado en los escenarios de la vida. Necesitan público para hacer el bien y nunca comprenderán la leyenda escrita en las paredes de las casas de las Hermanitas de los Pobres: «*Le bien ne fait pas de bruit Le bruit ne fait pas de bien*».

Todas estas escenas de risible frivolidad desesperan al P. Ramón... está impaciente fuera de su centro; pero, por razones de acendrada caridad, acepta también ser un número como en la moderna jerigonza se dice—en la fiesta de las señoras y recitar unos versos alusivos al acto.

A todo esto su corazón mana sangre. Marta, la bella flor de sus recuerdos de adolescente, acaba de golpear á las puertas del hogar del amigo de su infancia y de su pariente; llega sola, pobre, abandonada y con un hijo.

Ramón se resiste á recibir á Marta en su casa; las razones son muchas y valaderas; pero al fin vence la caridad y el corazón: y Marta encuentra su antiguo hogar, como lo encuentra hasta el presidario Miguel, que también busca el calor de la caridad de la grande alma de Ramón.

No es mucho lo que pide: «*Una mano que lo sostenga para impedirles caer; la confianza moral, la vida del espíritu... algo que les permita llevar alta la cabeza, su pobre cabeza que se humilla porque la esperanza no la sostiene*».

Pero estos héroes de la caridad han oído las palabras PRESIDARIO, MUJER CAÍDA, y como aves sorprendidas huyen porque ninguna quiere mancharse con la cercanía del vicio, aunque ya el vicio esté lavado por las lágrimas de la penitencia; no quieren comprometerse y el mismo señor cura, según dicen, hace muy mal en rodearse de esta gente.

Se van al fin y el P. Ramón les acompaña hasta la puerta oyendo que le llaman una y otra vez loco; sí, les dice, con voz dolorida, estoy loco, dejadme con mi locura; dejadme con los miserables que son los míos; este no es vuestro sitio, idos de aquí».

Al dar asilo á Marta y al presidario Miguel en su casa, el P. Ramón ha tenido que quitarse sus naves y afrontar el qué dirán de la multitud, que juzga solo por las apariencias. Su propia madre, que, en la estrechez de criterio y en la frialdad de alma no vé sino el compromiso social, le censura cruelmente, y airada se retira para siempre de la Parroquia. El P. Ramón queda solo, en vano trata de retener á su madre; es inútil, la vulgar aldeana, á quien pondría en cuidado una indignación de su hijo, no comprende su agonía moral y parte con su hermano.

El P. Ramón se vá consumiendo visiblemente; la presencia de su prima que á pesar de sus faltas, conoce que á él le ha amado solamente, le trae nuevos combates. Vivir cerca de ella, contemplando su felicidad perdida, es demasiado para su pobre corazón tan estropeado y cuando mira marchitos sus colores piensa en que talvez ha sentido la mordedura del hambre en sus entrañas. ¡Ay! aquellos ojos tan alegres, juguetones y decidores en otro tiempo, con su círculo violáceo que aumenta su belleza, están ahora tan tristes y no son ya los ojos de antes!

Ramón ama á Marta, pero la ama con el santo y puro amor de las almas, con ese amor que ella no ha sabido, y quizá, ni podido comprender.

Un nuevo y último dolor le espera. Miguel el presidiario se encariña con Marta, y ella sintiéndose tan sola viendo el mal que su presencia ha acarreado á su pobre primo acepta la proposición de matrimonio que Miguel le hac.

El Obispo oyendo el eco de tantos dices, manda á su secretario á reprender y amonestar á Ramón; exige por bien de la moralidad pública el inmediato retiro de Marta de la casa del cura.

Al tiempo de despedirse el secretario de su ilustrísima y de lamentar la terquedad rebelde de Ramón y lo infructuoso de su visita, entra Miguel anunciando que todo conflicto ha cesado porque Marta que pronto será su mujer, ha salido ya de la Parroquia. El secretario hombre vulgar y mediano, se despide declarando *milagrosa* la solución.

El P. Ramón, herido en medio del corazón, pregunta á Miguel ¿por qué se ha ido? ¿por qué me deja? ¿qué le he hecho yo? Miguel explica las razones que ha tenido para obrar así, no era posible atraer tanta maledicencia sobre él que es un santo. El P. Ramón, exclama: «*Ella era mi sola compañía; el consuelo que recordaba tiempos dichosos; el rayo de felicidad que entraba aquí... ¡el único! — Tú te la llevas... ¡yo os bendigo!...*» y rompe á llorar con amargo desconsuelo.

Los pobres mismos, sus últimos amigos, también le abandonan, porque ya no tiene nada que darles! ¡Así es el mundo!... El que se apoya en las creaturas, dice un libro divino, se apoya en una débil caña que al romperse hiere la mano!

El P. Ramón en un arrebató de infinita angustia, parecido á la locura, se abraza de los pies del Crucifijo diciendo: *¡Solo Vos!... ¡Aquí está la vida que no cierra nunca sus brazos!...*

Aquí cae el telón sobre este inefable dolor.

El último acto se desarrolla en el escritorio de la casa Parroquial. El Padre Ramón se muere de haber amado demasiado á sus semejantes desde una esfera inaccesible á las vulgaridades.

Y los cuervos humanos atraídos por la muerte empiezan á llegar: aquellos que antes destrozaron el corazón del místico con su ruda indiferencia hacia el dolor y la miseria, y con sus atrevidas interpretaciones, referentes á la acogida de su prima, en lo cual no vieron el acto de sobrehumano heroísmo, sino la eterna rutina del enamorado que cede... que cae!...

Los señores de la aldea, aquellos intransigentes revestidos de falsa severidad se acercan al moribundo dirigiéndole frases, vanales de que dispone el repertorio social, última palabra de consuelo de la comedia humana!

Entre tanto la madre solloza: ha llegado la hora de la reparación y de la justicia y lo que su necesidad le impidió ver, se lo muestra el corazón en un tardó despertar: su hijo era un santo!... ¿Cuánta parte no tendría ella en la repentina agravación de la enfermedad de Ramón? ¿Cuál no sería su tormento en aquel atroz conflicto en que lo obligó á escoger entre ella y su prima? ¡Quién sabe si fué entonces cuando su pobre corazón se trizó de dolor! Y el hombre sublime, insaciable en el amor y en el sacrificio, siente remordimiento de *no haberla amado tanto como ella merecía...* y le pide que lo perdone!

Hace su aparición el diputado del departamento, *recitando* un elogio fúnebre en términos altisonantes; haciéndose porta-voz del sentimiento público, cuando ya las palabras no tienen eco en el alma del justo próximo á remontar el vuelo.

También llega el secretario del obispo con una misión de consuelo espiritual, que su Ilustrísima, envía al curita de aldea, tan desconocido, que no ha logrado distinguírle del vulgo.

Y en esta atmósfera de frivolidad agoniza el gran místico, el alma ardiente, que ha sabido amar á Dios hasta el martirio!

¡Pobre corazón semejante á las palmeras del desierto azotadas por el huracán, sin apoyo, sin compañía!...

En el abatimiento de su demacrada figura se lee el cansancio moral de una vida que le pesa y arrastra ya como abrumadora carga!

¡Cuánto ha luchado por conservar puro su grande, su único amor! Sólo Jesucristo sabe que aquellos accesos de misticismo, rayanos en locura, no han sido otra cosa que la voz de su alma pidiendo el auxilio divino; la válvula de escape por donde desahogaba los ímpetus de un amor que la privación de todo consuelo acrecentaba más y más! Y entonces era cuando se acercaba á los pobres y los estrechaba contra su corazón envolviéndolos en la dulce llama de aquellas ternuras refrenadas!

El mundo desconoció al mártir; en sus heroísmos no vió sino flaquezas. Su grandeza de alma no podía estar al alcance de las multitudes; pasó por la tierra sin contaminarse, perdida la cabeza en las nubes y en una perfecta visión del cielo y de los dolores humanos. Perdonó las caídas de su prima sin detrimento del cariño que por ella sintiera porque el verdadero amor perdona siempre, en su afán de no destruir su ideal, exponiéndose al riesgo de ser mal interpretado.

¿Quién no ha sentido en su alma las supremas angustias del naufrago, que defiende su postrera ilusión, convirtiendo en tabla de salvación un mísero despojo?

¡Ay! es que las ilusiones son mas necesarias á la vida sentimental que el aliento á nuestro cuerpo,

La infeliz Marta tiene en su abono sus desgracias. Hay almas de excepción, predestinadas visiblemente á una vida de penalidades sin fin; cada instante de felicidad, representa abismos de dolor! ¡Quizá hay que expiar como grave delito el sentir mas hondamente que los demás!...

Marta erró el comienzo de su vida arrastrada por la fatalidad de su destino que la hizo amar un imposible. ¿Y después? ¡Oh! fué demasiado sincera, demasiado crédula y le sucedió lo que tenía que sucederle en este mundo de engaño: su absoluta falta de dobléz la condujo de desacierto en desacierto ¡la perdió! creyendo haber alcanzado la suprema felicidad á que había aspirado su corazón, se creyó amada; no regateó el dón de sí misma; dió el oro purísimo de su amor á quien solo disponía de la falsa moneda de la pasión del momento que tantas víctimas hace en el mundo. Lo que se siguió es demasiado triste, demasiado conocido: una vieja historia siempre nueva que cada mujer enamorada, que no ha escuchado la voz de su conciencia, lleva escrita con caracteres de fuego en el corazón.

¡Pobre Marta! cada vez que ha creído descansar en tierra firme, encontrar un refugio para resguardarse de la tormenta se siente más sola, más desorientada! Cargada de dolores llega al templo de su niñez, allí donde la espera el tierno amigo de toda su existencia ¡el que jamás le ha dirigido una palabra hiriente sino que guarda para ella tesoros de infinita delicadeza y dulzura; aquél que haciendo abstracción de la Marta caída, manchada, lleva en su pecho la imagen de una Marta espiritual hecha á imagen y semejanza de su grande alma con la que espera reunirse un día no lejano y por toda una eternidad *en el cielo que encontrará mas cielo si ella está en él.*

Como una sombra penetra Marta en la sala donde aún no se ha extinguido el eco de su nombre, que el agonizante repite sin cesar como evocando una visión que se va haciendo cada vez mas inmaterial. Un rayo de alegría anima la agonía del mártir, cree que siente correr en sus venas los efluvios de esa vida joven que viene á sostenerlo ó hacerlo vivir: es el calor de la dulce y purísima afección de su prima, de aquella hermosa alma que vuelve regenerada por el dolor; tal como Ramón la soñara y para no separarse mas de su lado. Trae una herida fresca: acaban de matarle á su Miguel, que la amaba tanto y era bueno con ella. Una bala le atravesó el corazón cuando predicaba el amor para todos.

Ramón le dice con acento lastimero: «*El prójimo siempre hiere en el corazón. Yo me muero y á él lo mataron*».

Marta olvida sus penas pasadas, no quiere hablar de ellas en presencia del nuevo dolor que la espera. La muerte se cierne ya sobre el místico. Nuevamente se quedará sola al llegar al puerto! La mano de Dios la hiere haciéndola expiar sus faltas en esta vida en que no le ha concedido sino aquellos limitadísimos instantes de descanso. Está visto, una larga experiencia viene a probar á Marta que no debe esperar nada en la tierra. Talvez Dios la ama con predilección y por medio del dolor atrae su pensamiento á El. Solo le quedará el consuelo de sentir el alma de Ramón junto á la suya, amparándola, guiándola!

Trata el P. Ramón de consolarla, le dice: Si te hubiera dado mi alma casándome contigo, acaso no pudiera decirte: «*hasta luego*» como digo hoy: *La vida es sólo un instante de estar juntos. Ahora tenemos la gloria para una eternidad*».

Marta, á quien Dios ha hecho sentir su mano en todos los afectos terrenos negándole la felicidad del amor correspondido, puede en su abandono alimentar el supremo consuelo del amor eterno!...

Y él, el mártir, el gran místico según el corazón de Jesucristo que ha mirado como pasajera la dicha humana y ha sabido vivir y sufrir á semejanza del divino modelo, continuará amándola desde la eternidad!...

Marta solloza arrodillada á los pies de su primo, lo consuela, lo arrulla con amor de hermana, de madre, con todos los santos afectos de la existencia que dan vida; pero ya es tarde!

El corazón de Ramón estalla á impulsos del amor y del dolor ¡de ese amor santo y puro que obscureció é iluminó su vida y de ese dolor de soledad que pasa por la tierra totalmente desconocido!

MONNA LISSA

ANTOLOGÍA UNIVERSAL

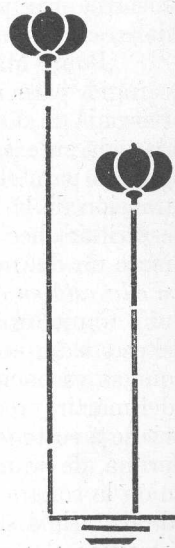
* La Guirnalda *

Iba una niña las pintadas flores,
Cogiendo que adornaban un vergel,
Cuando salió de la sombría selva
Bellísima mujer.

Con voz amiga se acercó a su lado,
Y una guirnalda le ciñó a la sien:
Aún no florece, pero dará flores,
No te la quites, pues.

Creció la niña y cuando a solas iba,
Vertiendo tiernas lágrimas tal vez,
Empezó la guirnalda en su cabeza
Capullos a tener.

Y cuando vino el prometido esposo,
Y ardiente la estrechó a su pecho fiel,
Se convirtieron los capullos todos
En un florido Eden.



De tanto amor el fruto codiciado
Cual tierna madre no tardó en coger:
Doradas frutas la guirnalda rinde,
 Más dulces que la miel.

Y cuando el bien amado en tumba fría,
En hondo sueño, sepultado fué,
Flotaron mustias hojas con el pelo
 En torno de su sien.

En breve la pusieron yerta y fría,
Ceñida la guirnalda al lado de él,
Y ved ¡oh maravilla! la guirnalda
 Volvió a reverdecer.

LUDWIG UHLAND.

* las Mariposas *

En enjambre feliz vuelan gozosas
Las mariposas blancas sobre el mar.
¡Oh mariposas, blancas mariposas!
¿Cuándo, como voláis, podré volar?

Tú mi adorada hermosa bayadera,
De ojos tan negros cual ningunos ví,
¿Sabes adonde revolando fuera,
A ser posible el vuelo para mí?

Cruzando los jardines y los huertos,
Sin detenerme ante ninguna flor,
Fuera a besar tus labios entreabiertos,
Y en ellos a morir, ebrio de amor.

TEÓFILO GAUTIER.

Trad. Llorente.

* El Recuerdo *

¿Con que es cierto? ¡En mis sueños, ay, tan sólo
 Es cierto que te ví!

La luz de la esperanza no embellece
 Ya más mi porvenir.

Pasaron ya nuestros felices días,
 Helados hoy al fin

Por el soplo fatal del infortunio;
 Y la aurora feliz

De mi existencia oscureció la sombra.
 ¡Ay todo lo perdí!

Esperanzas y amor, dulce alegría
 Mi adiós hoy recibid.

Ay pudiera también a mis recuerdos
 ¡Adiós! también decir.

LORD BYRON.

Trad. Lasso de la Vega.

☞ A la muerte de Beatriz ☞

Venid, oh nobles almas generosas,
Y suspirar me oiréis compadecidos;
Muriera de dolor, si en mis gemidos
No exhalara mis penas angustiosas.

Mis ojos estas lágrimas copiosas
Al fin se niegan a verter, rendidos,
Y con ellas aún más enrojecidos,
Mis heridas son menos dolorosas.

Oiréis también a mi turbado acento
Que evoca sin cesar la joven pura
Que al mundo fué que su virtud pedía.
Veréis como desprecia en su tormento
La vida, quien su alma y su ventura
Sólo en el alma de Beatriz tenía.

DANTE.

Trad. Lasso de la Vega.

✻ Lied ✻

De rubor y de júbilo encendida
Me sonríe la niña a quien adoro.
Labrad para mi hermosa prometida,
Una sortija de oro.

Marchó lejos mi bella;
Pero no temo que me olvide ingrata.
Labrad para guardar recuerdos de ella,
Un estuche de plata.

El destierro es muy largo y muy pesado;
Soportarlo quisiera y no sé como.
Labrad para mi sueño deseado,
Un ataud de plomo.

FRANÇOIS COPPÉE.

Trad. Llorente.

☼ Respuesta ☼

Supé que se moría
Lejos de mí la enamorada enferma.
Y quise preguntar mirando al cielo
Cuando cruzaba su alma por la esfera;
Y una voz de sollozo
Me dijo de repente en las tinieblas...
¡Ya sabrás cuando pasa
Porque verás llorar á las estrellas!

LUIS RAM DE VIN.

—❧— ALEGRÍAS —❧—

Sonaban las guitarras diestramente tañidas por las manos groseras de aquellos dos mozos de ojos negros y tez obscura, los cuales mozos, hiriendo con sus dedos ágiles las cuerdas del popularísimo instrumento, arrancaban de él melodías incoherentes, sonidos extraños, vibraciones dulces y ecos armoniosos, tan bellos como imposibles de ser convertidos en notas escritas por el más hábil compositor; música que parece formada con todos los rumores que produce el viento al quebrarse entre las ramas de los olivos, entre el azahar de los naranjos, entre las hojas de las rosas y entre las ondas de los ríos, que brotan y florecen, y viven y murmuran en los campos, en los huertos, en los jardines y en las riberas de nuestra hermosa Andalucía, de esa tierra tostada por un sol de fuego, cubierta por un dosel infinito y azul, y poblada por una raza muelle, lasciva y soñadora; raza poética como los árabes, que cruzaron el Estrecho para formarla, y como ellos también vengativa, fatalista y sensual; música que posee todos los tonos, porque abarca todos los sentimientos, que tan pronto se queja y solloza con acordes henchidos de melancolía y de ternura, como se desvanece con las ondas del aire, inspirando amores, placeres y deseos, ó se pierde en el espacio, retozona y alegre, semejante á las voces de esas mozuelas que ríen, corren y cantan por los sembrados con la sonrisa de la inocencia en la boca y el germen de todas las pasiones en la sangre.

Retozona á ratos, á ratos enloquecedora y lúbrica, era la música que entonces arrancaban a sus guitarras aquellos dos hombres; y mientras otro hombre, moreno como ellos, y como ellos joven, entonaba coplas incorrectas y bellas (también hay belleza en la incorrección, aunque algún crítico opine lo contrario), una muchacha de dieciocho Abriles, con el pelo lleno de flores y los ojos pletóricos de luz, recogía su falda de vistoso percal, disponiéndose á bailar sobre el angosto tablado que improvisaron en el comedor del cortijo las necesidades del momento, y clavaba sus ojos en un mancebo que, algo apartado de la fiesta, miraba á la joven con ansia, con deleite, ajeno á las risas y á las murmuraciones de los varios grupos de hombres y mujeres allí reunidos, por entre los cuales circulaban de tiempo en tiempo sendos vasos de oloroso y transparente Montilla.

—Vamos, Julia—exclamó el arrendatario del cortijo, encarándose con la muchacha—baila esas *alegrías*, que estamos rabiando por verte.

—Allá va—respondió la joven haciendo ademán de levantarse.

Pero antes de que lo consiguiera, el cantor, inclinándose hacia ella, murmuró en su oído las siguientes palabras:

—Te advierto que me estoy enterando de todo. Mira lo que haces, y ten mucho cuidado conmigo.

—¡Qué dices!—replicó Julia; con fingido acento de sorpresa y en voz baja también.

—Lo que digo. No mires más á donde está Curro, porque vamos á tener jarana.

—¡Hay que gracia! ¡Ni que tú fueses mi marido!

—Pues no mires.

—Pues miraré.

El la dirigió una mirada de celos, rasguearon los *tocadores* en sus guitarras, y mientras el desdeñado cantor entonaba una copla, la mozuela se puso en pie.

Era hermosa, con esa hermosura incitante de las meridionales, que abraza la sangre y sacude los nervios; los rizos de su pelo, cuidadosamente peinado y cubierto de flores, se desbordaban por su frente avaros de acariciar aquellos ojos negros, sombríos, apasionados y voluntariosos; su naricilla remangada y corta daba expresión de juvenil descaro á su rostro de tez morena, en el que se destacaban

para embellecerlo una boca de labios rojos y atrevidos y una dentadura blanca é igual. Fresco y gentil semblante, al que hacía el resto del cuerpo honrosa competencia, porque todo era de admirar allí, así la anchura de los hombros como la robustez del seno y la flexibilidad del talle, del cual se desprendían dos líneas vigorosas que, ensanchando hacia el arranque de las caderas y esparciéndose luego en curvas enérgicas, mal encubiertas por los pliegues del vestido, remataban en unos piés pequeños y bien contorneados.

Julia era hermosa, y más hermosa pareció aún cuando, adelantándose sobre la tarima, con la cabeza echada hacia atrás, los brazos en alto, la sonrisa en la boca y la pasión en las pupilas, dió comienzo al baile, que las guitarras acompañaban con sus compases. Los piés de Julia, siguiendo los acordes del instrumento músico, herían el piso de madera con rítmico é intermitente pataleo; su cintura describía en el espacio caprichosas ondulaciones, movíanse sus caderas voluptuosamente, y sus manos, subiendo por encima de la cabeza como si trataran de recoger las flores en ellas prendidas, se retorcián con lentitud, mientras su cuerpo, doblándose en arco, dejaba al descubierto las redondeces del seno y los primores de la garganta. Danza carnal y lúbrica que hizo prorrumpir en gritos de entusiasmo á la concurrencia, en un suspiro de angustia al cantor, y en una sonrisa de placer á la joven. Julia estaba muy satisfecha porque el joven que la contemplaba al principio desde un extremo de la sala, fué adelantándose poco á poco, atraído por su imagen hechicera, y no detuvo su marcha hasta que, llegando junto al tablado, se apoyó en él y clavó sus ojos, enardecidos por el deseo, en la hermosa criatura que tenía enfrente.

Pero donde el entusiasmo del público no reconoció límites, fué al llegar la *falseta*, ese momento del baile durante el cual enmudece el cantor, cesa el taconeo de los acompañados y sólo se escuchan los acordes de la guitarra, los sonidos melancólicos, apasionados y profundos que brotan de las cuerdas, heridas por las manos del tañedor, y el ruido acompasado con que se deslizan sobre la tarima los ágiles piés de la *bailaora*, describiendo, tan pronto en el suelo como en el aire, curvas inciertas, intangibles y rápidas. Julia era maestra siempre en este género de baile, mezcla de la danza árabe y de la danza egipcia, ardiente como la una y simbólica como la otra; pero entonces fué más que una maestra, fué un sueño de voluptuosidad y de lascivia, encarnado en el cuerpo de una mujer. ¡Y cómo no serlo, si tenía delante de ella á Curro, al hombre objeto de su cariño, y Curro la contemplaba con ojos ávidos y relampagueantes de pasión!

Para él era su baile, por él quería lucir todas las maravillas estatuarias de su contorno y producía asombro á las pupilas y sacudidas eléctricas en los nervios, verla recorrer la tarima con el cuerpo doblado por la cintura; el busto saliente, los brazos abiertos y la cabeza flexionada sobre la nuca; actitud provocadora, bien pronto sustituida con otra, pues eran los movimientos de la joven tan varios como múltiples y artísticos; unas veces retoreía su cuerpo, doblándolo hasta el suelo tocando la tarima con sus manos, medio arrastrándose por ella como gata cariñosa que se despereza y juguetea á los piés de su amo; otras se erguía con ruda y salvaje majestad, dominadora, absorbente, dueña absoluta de todo cuanto la rodeaba; otras recogía el vestido, ciñéndoselo por delante para remarcar las líneas esculturales de su cuerpo; otras lo afianzaba para que aquellas líneas fuesen adivinadas más por el pensamiento que por los ojos; tan pronto se balanceaba con perezosa lentitud, como agitaba sus caderas con movimientos desesperados y frenéticos...Era, en fin, no una mujer, no un sueño, como antes dije, sino la imagen espléndida de la carne, con todas sus palpitaciones, con todas sus sublimidades y con sus impurezas todas, agitándose, estremeciéndose y ofreciéndose en su eterna hermosura y en su incontrastable poder á los ojos absortos de la concurrencia.

Todo esto lo veía Curro, por cuyos labios secos se escapaba el aliento abrasado, y también lo veía el cantor, que, lívido, siniestro, siguiendo con los suyos la di-



Los ojos de Berta

Dibujo autógrafo de Baudelaire

rección fija que tuvieron durante el baile los ojos de Julia, dijo á ésta en voz baja, amenazadora y terrible cuando ella pasó cerca de él.

—¡Ten cuidado! ¡No mires más, porque no respondo de mí!

La joven hizo un gesto de burla, de desprecio y adelantándose hasta el sitio donde estaba Curro, mostrándose ante las absortas pupilas del mozo con sus mejillas encendidas, sus ojos entornados, su boca entreabierta y su cuerpo nervioso y jadeante, alzóse sobre las puntas de los pies, abrió los brazos como si tratara de estrecharle entre ellos, encorvólos después hacia adentro y colocando la punta de los dedos en sus labios carnales, le envió un beso frenético, acariciador y delirante.

El cantor se puso lívido, incorporóse bruscamente en su silla, metió su mano derecha en la faja y sacándola armada de un puñal, lo hundió hasta el mango en el costado izquierdo de la joven.

Julia cayó de bruces sin pronunciar una palabra, sin proferir un grito y en aquel instante de silencio general y de mudo asombro, se oyó un sonido amargo como una maldición y doloroso como un lamento.

Era la última nota de la guitarra que se desvanecía en el aire.

JOAQUÍN DICENTA.

BOUQUET

EPÍGRAFE PARA UN LIBRO CONDENADO

De Carlos Baudelaire.

Lanza lejos de tí, lector bucólico,
Sencillo y bonachón, que nada ansías,
este libro en que latén las orgías,
saturnino á la par y melancólico.

Si Satán, el astuto ser diabólico,
tu gusto no formó, me juzgarías
histérico talvez, y no podrías
penetrar su sentido parabólico.

Pero si en el abismo tu mirada
bucea, sin sentirse arrebatada,
lee, no dudes, y serás mi amigo.

Alma curiosa de pesares llena
que tu eden vas buscando: de mi pena
ten lástima. ¡Si nó, yo te maldigo!

OFRENDA

De Carlos Baudelaire.

Estos versos te doy. Si es que merece,
llevando ensueños á un cerebro humano
llegar mi nombre al porvenir lejano
como nave que el noto favorece.

Tu memoria, cual mito incierto, en sonos
de tímpano al lector canse y hostigue
y á mis altivos cánticos se ligue
con místicos, fraternos eslabones.

Ser maldito á quien sólo desde el hondo
báratro al sumo cielo yo respondo,
sombra fugaz que huellas indolente

al que de amarga, estúpido, te tache
estatua viva de ojos de azabache,
ángel inmenso de acerada frente.

(Traducidos por E. DIEZ CANEDO).